

INFORME

DEL CENTRO MEMORIAL DE LAS VÍCTIMAS DEL TERRORISMO

— N.º 9 • SEPTIEMBRE 2020 —

NUEVE TESTIMONIOS SOBRE LA RADICALIZACIÓN YIHADISTA: LA PERSPECTIVA DEL NÚCLEO FAMILIAR



María Jiménez Ramos

**NUEVE
TESTIMONIOS
SOBRE
LA RADICALIZACIÓN
YIHADISTA: LA PERSPECTIVA
DEL NÚCLEO FAMILIAR**



María Jiménez Ramos



**INFORME DEL CENTRO MEMORIAL DE LAS VÍCTIMAS DEL TERRORISMO
N.º 9 • SEPTIEMBRE 2020**

Director: Florencio Domínguez

Responsable de Archivo, Investigación y Documentación: Gaizka Fernández Soldevilla

© María Jiménez Ramos

© Fundación Centro para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo

C/ Olaguibel, nº 1. 01071 Vitoria-Gasteiz

Depósito Legal M-4550-2017 / ISSN 2530-5328

Diseño: Miguel Renuncio

Producción: Editorial MIC (www.editorialmic.com)

La edición de este *Informe* es fruto de un proyecto realizado en colaboración con la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra

ÍNDICE

	Página
1. Origen del proyecto	9
2. Agradecimientos	10
3. La familia en el proceso de radicalización	10
4. Análisis de las entrevistas	13
4.1. El contexto familiar	
4.2. La vivencia de la religión	
4.3. El proceso de radicalización	
<i>Dos adolescentes obligadas a casarse</i>	
<i>Dos padres de familia radicalizados</i>	
<i>Un novio acusado de terrorismo</i>	
<i>Un hermano en las filas del Estado Islámico</i>	
4.4. Las secuelas	
5. Conclusiones.....	48
6. Bibliografía relacionada.....	51
7. Biografía de la autora	52

1. ORIGEN DEL PROYECTO

Nueve testimonios sobre la radicalización yihadista: la perspectiva del núcleo familiar es, ante todo, un proyecto periodístico. Las personas que de una u otra manera han estado implicadas en su desarrollo buscan contribuir a dar respuesta a algunas de las preguntas que han surgido en los últimos años con el auge del autodenominado Estado Islámico: ¿qué lleva a alguien a asumir una visión radical de su religión?, ¿en qué momento la violencia se convierte en un medio necesario y hasta un imperativo religioso?, ¿hasta qué punto ha influido la creciente propaganda *online*?, ¿qué ocurre para que un padre de familia con una vida relativamente cómoda desaparezca de la noche a la mañana para unirse a las filas del Dáesh?

Desde la historia, la psicología o la politología se han realizado aproximaciones y estudios valiosos que han aportado claves para entender el fenómeno de la radicalización yihadista. Y a estas disciplinas puede unirse también el periodismo. A menudo se dice que el periodismo es el primer borrador de la historia y esa frase hecha pone de manifiesto la cercanía que los periodistas tienen con hechos que están ocurriendo aquí y ahora y, sobre todo, con sus protagonistas. Es en ellos donde el periodismo busca respuestas para comprender el mundo.

En este trabajo, las respuestas las hemos buscado en los familiares de personas radicalizadas. La idea surgió del periodista Juanfer Fernández Calderín, que le propuso el proyecto a la también periodista y profesora de la Universidad de Navarra María Jiménez Ramos. Ambos han trabajado durante años en el mundo de las víctimas del terrorismo y son conscientes del valor que entrañan los testimonios de las víctimas y de sus familiares, a menudo testigos de espirales de acoso y persecución que acabaron en atentados terroristas. Se plantearon que en la otra cara de la moneda también había familias que vivían de cerca cómo un pariente se radicalizaba hasta, en casos extremos, integrarse en una organización terrorista. ¿Qué pensaban mientras ocurría? ¿Eran cómplices, trataron de disuadirlos o simplemente no eran conscientes? Y, sobre todo, desde su posición de testigos privilegiados, ¿podrían aportar claves para entender un proceso tan complejo como el de la radicalización yihadista? Con la sospecha de que la respuesta a esta última pregunta podía ser afirmativa, nos embarcamos en este trabajo.

Las personas entrevistadas no tienen una percepción uniforme del proceso de radicalización de sus familiares. Algunas han sufrido sus consecuencias, otra ni siquiera fue consciente de que se estaba produciendo y otras dos directamente niegan que se haya producido. Sin embargo, todos los testimonios reflejan el impacto de la radicalización en el entorno familiar, que es, en el fondo, el objetivo último de este informe.

2. AGRADECIMIENTOS

Este informe ha salido adelante gracias, en primer lugar, al empuje de la Fundación Centro para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo (CMVT) y a la confianza de su director, Florencio Domínguez Iribarren, y de su responsable de investigación, Gaizka Fernández Soldevilla. También ha sido fundamental el apoyo de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra, que ha apostado una vez más por que sus alumnos salgan de las aulas con una mochila de experiencias profesionales y por que la investigación académica revierta en la sociedad y afronte algunos de sus retos más complejos. Además, el investigador del Real Instituto Elcano Álvaro Vicente ha revisado este informe con detalle y sus apreciaciones han sido valiosas y han enriquecido el trabajo.

Los alumnos del último curso del Grado de Periodismo de la promoción 2018/2019 que se lanzaron a llevar a cabo este proyecto trabajaron con profesionalidad, seriedad, entrega y respeto hacia un tema al que se enfrentaban por primera vez. Son, por orden alfabético, Eva Baroja Cabero, Javier Cabaleiro Díaz, Manuel de la Chica Duarte, Daniel Dols Bruno, Carmen Lacarra Martín, Pablo Paracuellos Alonso, Silvia Penco Daza, Teodoro Peñarroja Canós, Fátima Rosell Aguayo, Íñigo Ruiz Arregui, Salomea Slobodian, Juan Urra Herrera y Álvaro Villagrán Sánchez. Durante el curso 2019/2020 otro alumno de Periodismo, Eduardo Jiménez Zorita, colaboró en la transcripción de las entrevistas y la planificación de este informe.

Las personas que se prestaron a ser entrevistadas para relatar algunos de los momentos más difíciles de sus vidas cuentan con nuestro sincero agradecimiento.

3. LA FAMILIA EN EL PROCESO DE RADICALIZACIÓN

El proceso de radicalización consiste en la paulatina asunción, en mayor o menor grado, de actitudes y creencias propias del salafismo, que a través de sus diversas expresiones ofrece desde una visión fundamentalista y excluyente del credo islámico hasta una justificación religiosa del terrorismo, especialmente en su versión belicosa, el salafismo yihadista.¹

Las investigaciones del Real Instituto Elcano, encabezadas por Fernando Reinales y Carola García-Calvo, han permitido sistematizar las características del proceso, sobre todo en lo que se refiere a sus dimensiones social, espacial, tem-

¹ REINARES, Fernando, GARCÍA-CALVO, Carola y VICENTE, Álvaro (2019): *Yihadismo y yihadistas en España. Quince años después del 11-M*. Madrid: Real Instituto Elcano.

poral y de comportamiento. Sus estudios abarcan los procesos de radicalización yihadista que se han dado en España a partir de 1986, tomando como muestra a yihadistas que han sido condenados o han resultado muertos debido a su actividad terrorista entre 2004 y 2018 en España.² De acuerdo con sus investigaciones, hay varios factores o circunstancias que caracterizan los procesos de radicalización en España:

1. La abrumadora mayoría de las personas radicalizadas son hombres, en mayor proporción casados y con una media de dos hijos.
2. Mientras que en el período previo a la emergencia de Estado Islámico los yihadistas eran en su mayoría inmigrantes procedentes de poblaciones musulmanas, en especial de Marruecos, a partir de 2012 son mayoritarios los pertenecientes a segundas generaciones descendientes de inmigrantes musulmanes y nacidos o crecidos en España.
3. El rango de edad va de los 15 a los 35 años. Desde 2012, los rangos se han ampliado y se han observado más personas radicalizadas a edades más tempranas.
4. Aunque los procesos de radicalización de los yihadistas condenados en España no se han dado solo en España, la mayoría de los individuos experimentaron el proceso en nuestro país, una tendencia en auge en los últimos años. En términos geográficos, las principales bolsas de radicalización se encuentran en Cataluña, Madrid, Ceuta y Melilla.
5. La mayoría de los yihadistas en España se radicalizó en compañía de otros sujetos y bajo la influencia de un agente de radicalización. Con frecuencia, este agente era alguien con conocimientos sobre la ideología del salafismo yihadista, con capacidad retórica y con atractivo para influir en personas vulnerables.
6. La mayoría vivió el proceso en un contexto *offline*, con domicilios privados, lugares de culto y centros culturales islámicos como sitios más frecuentes, seguidos de lugares al aire libre y excursiones. No obstante, desde 2012 se aprecia un gran auge de la radicalización *online* en redes sociales, principalmente en YouTube y Twitter.
7. Los vínculos sociales previos con personas que ya estaban radicalizadas o que incluso habían practicado alguna actividad terrorista son muy frecuentes. Los lazos se dan por vecindad, amistad y parentesco, sobresaliendo entre estas últimas las relaciones entre hermanos, y en un contexto local.
8. Las ideas transmitidas son las propias del salafismo en sus diversas expresiones, desde una visión excluyente y fundamentalista del credo islámico hasta una justificación religiosa del terrorismo contra los no musulmanes.

² Ídem.

En este contexto, ¿qué papel juegan las familias? Según los datos del Real Instituto Elcano, para el 25% de los yihadistas condenados o muertos en España entre 2004 y 2018 el agente de radicalización fue un familiar. Además, otro dato que pone de relieve la importancia del contexto familiar es que en el 53,5% de los casos existen vínculos de parentesco entre yihadistas. Esto no implica que estas personas actuaran como adoctrinadores, pero sí que pudieron favorecer la radicalización o la implicación yihadista por otras vías, por ejemplo, integrando a un familiar en un contexto en el que los valores o las creencias del salafismo se han normalizado o incorporando a un familiar en un contexto favorable a su reclutamiento. La literatura académica sobre el papel de las familias incluye diversas corrientes. Por un lado, hay quienes defienden que las familias, como esferas vitales, pueden contribuir a las dinámicas de radicalización y al cambio hacia el extremismo violento tanto en términos de factor de riesgo como de factor de protección.³ Por otro lado, otras opiniones apuntan a que la influencia suele ser anecdótica.⁴

En cualquier caso, como apuntan, entre otros, los trabajos de la Radicalisation Awareness Network (RAN), la familia es un actor y objetivo prioritario en materia de prevención de la radicalización, ya sea mediante la concienciación o a través de programas de intervención directa.⁵ En esta línea, las familias tienen una posición privilegiada para identificar de forma temprana señales de radicalización, desde la identificación de vulnerabilidades hasta cambios de comportamiento.⁶ Y más en concreto, las mujeres serían las primeras en reaccionar ante posibles muestras de radicalización en sus comunidades, ya sea la familia, el colegio, los lugares de trabajo o los centros religiosos, por lo que se les otorga un papel relevante en materia de prevención y para contrarrestar ideologías extremistas.⁷

Aunque no todas las historias que forman parte de este informe están protagonizadas por personas que han llevado su proceso de radicalización hasta el último extremo, los rasgos que caracterizan los procesos de radicalización son, en muchos casos, fácilmente identificables en las vivencias que aquí se relatan.

³ KHOSROKHAVAR, Farhad (2018): *Le nouveau jihad en Occident*. Paris: Robert Laffont, pp. 265-316.

⁴ SIKKENS, Elga, SIECKELINCK, Stijn, VAN SAN, Marion y DE WINTER, Micha (2017): "Parental Influence on Radicalization and De-radicalization According to the Lived Experiences of Former Extremists and their Families", *Journal for Deradicalization*, nº 12, pp. 192-225.

⁵ RAN YF&C y RAN H&SC (2017): *Working with families and safeguarding children from radicalisation*. Niza: Radicalisation Awareness Network (RAN).

⁶ EL-AMRAOUIA, Anaïs F. y DUCOL, Benjamin (2019): "Family-Oriented P/CVE Programs: Overview, Challenges and Future Directions", *Journal for Deradicalization*, nº 20.

⁷ ZEIGER, Sara y ALY, Anne (2017): *Countering Violent Extremism: Developing an Evidence-base for Policy and Practice*. Perth: Curtin University.

4. ANÁLISIS DE LAS ENTREVISTAS

Las entrevistas que forman parte de este informe se realizaron de forma personal durante 2019 en distintos puntos de España. Para la elección de las personas entrevistadas se tuvo en cuenta que hubieran sido testigos del proceso de radicalización de un familiar cercano. Se buscó de forma premeditada una variedad de historias, épocas y perfiles, de modo que se pudieran explorar las perspectivas desde distintos vínculos (hijas, hermanas, esposas) y que las personas radicalizadas se encontraran en diferentes fases del proceso.

Los testimonios que aparecen en este informe son anónimos. Se han omitido referencias personales y geográficas para proteger la identidad de las personas entrevistadas. Sus nombres han sido sustituidos por un número que servirá de referencia a lo largo del informe. A continuación, se facilitan algunos datos que describen cada uno de los perfiles:

- **Entrevistada 1.** Mujer, 46 años, hija de inmigrantes marroquíes afincados en España. Su padrastro, que militaba en un movimiento salafista no violento, le concertó un matrimonio forzoso.
- **Entrevistada 2.** Mujer, 28 años, hija de inmigrantes marroquíes afincados en España. Sus padres le concertaron un matrimonio forzoso.
- **Entrevistada 3.** Mujer española, 50 años, casada con un hombre marroquí acusado de integración en organización terrorista.
- **Entrevistado 4.** Hijo de la entrevistada 3, mayor de edad. Objeto de violencia e intento de radicalización por parte de su padre.
- **Entrevistada 5.** Hija de la entrevistada 3, menor de edad. Testigo del proceso de radicalización de su padre.
- **Entrevistada 6.** Mujer española, 60 años, casada con un hombre marroquí que experimenta un proceso de radicalización religiosa.
- **Entrevistada 7.** Mujer de origen latinoamericano, 36 años, pareja de un español de origen marroquí a quien conoció por Internet y que está acusado de diversos delitos de terrorismo.
- **Entrevistada 8.** Mujer española de origen marroquí, cuñada de la entrevistada 7.
- **Entrevistado 9.** Hombre de origen marroquí asentado en España, hermano de un combatiente que se unió en 2015 a las filas del autodenominado Estado Islámico en Siria.

Como se observa a partir de las descripciones anteriores, los casos de estudio se refieren a allegados de, por un lado, salafistas yihadistas, por tanto, individuos que iniciaron un proceso de radicalización que condujo a la violencia, tanto en su

promoción —los yihadistas emparentados con los entrevistados 3, 4, 5, 7 y 8— como a su uso —9—; por otro lado, de salafistas no violentos, como parecen ser los casos 1, 2 y 6.

Para el análisis de los testimonios, se han identificado cuatro categorías temáticas que permiten dar el contexto necesario para comprender las historias, resaltar los principales hitos en su desarrollo y explorar las secuelas que han dejado en las personas entrevistadas.

4.1. El contexto familiar

El relato de la infancia supone un punto de partida interesante para aquellos entrevistados que experimentaron el proceso de radicalización de, en los casos que nos ocupan, su padre o su padrastro en los primeros años de sus vidas. En este grupo incluimos a cuatro entrevistados con dos perfiles diferenciados.

Por un lado, las **entrevistadas 1 y 2**, dos mujeres nacidas en España en el seno de familias de origen marroquí, aunque en distintas épocas: la primera en los años setenta y la segunda, a principios de los años noventa. La distancia temporal no impide que haya patrones que se repitan: en ambas historias la figura paterna, representada en un caso por el padrastro y en otro, por el padre biológico, vehicula la instalación en el ámbito familiar de una versión ortodoxa del islam que, en la práctica, afecta directamente a estas dos mujeres, las dos hijas primogénitas y a quienes sus padres conciertan un matrimonio.

La **entrevistada 1** tiene 46 años. Sus padres se asentaron en España en la década de los años ochenta y de ese tiempo recuerda que estaban “integrados” y que su vida era “totalmente normal”.

De niña era una más. No destacaba por nada en especial, no había diferencia entre el resto de mis compañeros. Participaba en las salidas que hacíamos los fines de semana: ir al cine, saltar a la cuerda, jugar al fútbol... No había nada que destacara por encima de mis compañeros. Si alguna cosa llamaba la atención era tener un nombre [árabe] que no era habitual en esa época, pero simplemente como una curiosidad.

Le gustaba el atletismo, veía en televisión el popular programa *La bola de cristal* y era fan de Alaska. Soñaba con “descubrir el mundo, ser libre”. Su madre trabajaba en la hostelería, como camarera de habitaciones en un hotel, además de encargarse de la casa y de cuidarla. Rememora recuerdos cotidianos, como una escena con ella en la playa y otra a hombros de su padre, a quien compara con “un héroe”. Su

progenitor trabajaba como pescador, una ocupación que ya practicaba en Marruecos, y falleció en alta mar cuando ella tenía siete años.

La **entrevistada 2** tiene 28 años. Sus padres llegaron a España procedentes de Marruecos a finales de los años ochenta. Aunque el padre tenía estudios universitarios, sus primeros trabajos fueron poco cualificados y, con los años y tras pasar por varias empresas, alcanzó puestos de responsabilidad. La madre, sin embargo, no sabía leer ni escribir. Era ama de casa y “se pasaba todo el día en la cocina”. Su marido le administraba el dinero para las compras cotidianas y controlaba su gestión. Él era la figura de autoridad: “Su palabra era la que mandaba”, rememora la entrevistada.

Preguntada por algún recuerdo de su infancia, relata la siguiente escena:

Mi madre me pegó ese día. Y mi padre llegó y me preguntó que por qué lloraba. Entonces yo le dije que mi madre me había pegado. Se sentó en el sofá y me abrazó. Eso parece una tontería, pero es un recuerdo que tengo de mi padre. En casa, la verdad es que no tengo bastantes recuerdos...

Frente al primer recuerdo positivo de su progenitor, admite que las discrepancias surgieron pronto, cuando empezó a tener aspiraciones que no encajaban en los planes que su padre tenía pensados para ella.

Yo quería ser médico y trabajar en Médicos sin fronteras. Era a lo que aspiraba. Recuerdo que hicimos un dibujo, me lo llevé a casa y dije: “Mira, papá, yo voy a ser...”. Y me respondió: “¿Tú qué vas a ser? ¿Médico sin fronteras?”. Asentí. “Tú lo que vas a ser es una tonta sin fronteras”. No confiaba en lo que podía ser.

El segundo perfil es el de los hermanos. Por una cuestión temporal podrían tener un recuerdo mucho más cercano de su infancia, sin embargo hablan de esa época de una forma mucho más obtusa. La **entrevistada 5** aún es menor, mientras el **entrevistado 4** acaba de superar la mayoría de edad. Crecieron en el contexto de una familia de clase media en una capital española. Su madre, la **entrevistada 3**, es de origen español, de una familia también de clase media. En 1995 conoció en un bar de copas al que luego se convertiría en su marido: era un hombre nacido en Marruecos y asentado en España. Su familia disfrutaba de cierto nivel socioeconómico: su padre había trabajado en Europa y tenía un puesto de responsabilidad en Marruecos, y algunos parientes residían fuera del país. La boda fue civil y se celebró en España. Ella afirma que durante los primeros veinte años de matrimonio “la religión nunca estuvo presente”.

En esos años nacieron sus hijos. La hija no es capaz de concretar ningún recuerdo de su infancia, ni positivo ni negativo, aunque asegura que guarda “recuerdos

bonitos” de esa etapa de su vida. Sin embargo, al preguntarle en concreto por su progenitor, su visión es altamente negativa: las vivencias que experimentó durante su proceso de radicalización se solapan con los recuerdos más propios de la niñez.

Sí es verdad que me acuerdo más de los recuerdos malos que de los bonitos. No se me pasa por la cabeza ningún recuerdo bonito de mi padre porque no me ha hecho sentir bien y feliz con él.

El caso de su hermano resulta más contundente. Sus recuerdos se circunscriben a la época más reciente, cuando su padre ya estaba inmerso en el proceso de radicalización. Cuando se remonta más atrás en el tiempo, comienza a desgranar algunas de las actitudes que han marcado su relación con su progenitor.

Desgraciadamente, tengo pocos recuerdos, por no decir casi ninguno. El nivel de radicalización [de su padre] era ya tan grande que no quedaban cosas buenas en él. Recuerdos buenos, quizá, cuando tenía cinco o seis años y me llevaba a jugar al fútbol de vez en cuando, pero tampoco tanto porque tenía que jugar perfecto. Si no, no estaba bien.

La ausencia de recuerdos verbalizados de los hijos se suple parcialmente con el relato de la madre. La **entrevistada 3** relata cómo la paternidad puso de manifiesto algunas diferencias entre ella y su marido: no se trataba únicamente de que fuera ella quien llevara el peso del cuidado de los niños, sino que apreciaba una planificación “caótica” en temas cotidianos que para ella requerían un orden y una rutina, como las vacunas, los cuidados o leerles un cuento. Las diferencias se acusaron a partir de los cinco o seis años y, en especial, en el caso de su hijo:

Para él había que tratarlo prácticamente como un hombre. Ahí sí empiezan las disputas: para mí un niño de esa edad es un niño y tiene que estar cerca de su madre y llevar una vida de seis años, pero para él, no. Me decía continuamente: “Siempre está debajo de tus faldas, vas a conseguir que el niño sea gay”. Le dije que ese comentario estaba fuera de lugar y que cuando el chico tenga la edad que debe tener que ya vería cómo no iba a estar debajo de mis faldas.

El apego a su hijo mayor resultó, en definitiva, la primera fricción en el matrimonio. El chico recuerda que su padre siempre fue “superexigente” con él en todos los aspectos, desde las notas escolares hasta el físico, y que solo era cariñoso “de vez en cuando, cuando estaba de buen humor”. En el caso de la hija de la pareja, los años de infancia de la pequeña coincidieron con el viraje radical de su padre. En

cualquier caso, ella apreciaba una diferencia en el trato que le daba a ella en relación con el que recibía su hermano, con quien su padre era “más duro”.

Conmigo era cariñoso. Yo sentía que me quería, pero luego a la vez le tenía miedo porque él me gritaba y eso. Yo creo que él sabía que le tenía miedo. Mi padre era cariñoso conmigo. Nunca me ha faltado al respeto ni me ha pegado, pero sí es verdad que me gritaba cuando no entendía algo. Y por eso es como que le tenía mucho miedo.

La **entrevistada 2** se remonta a los siete años para explicar el tipo de educación que recibía en su casa. Fue entonces cuando le prohibieron que hablara con chicos en el colegio: esas conversaciones solo podían mantenerse en el hogar familiar. “En el cole, no. Dentro de casa, lo que quieras”, recuerda que le decían. Sus días transcurrían entre el colegio y su casa, y rememora que el contacto con sus padres era escaso: él “siempre estaba trabajando” y ella “estaba pendiente de mi hermana pequeña”. “El vínculo social era superlimitado”, resume. Se define a sí misma como “rebelde”, castigada sin coger la bicicleta los fines de semana porque no hacía la tarea y, más tarde, a partir de los doce años, foco de discusiones por la vestimenta, por las compañías o por ir a las fiestas de sus amigos.

Empiezan a meterte en una burbuja para que no vivas un estilo de vida que no quieren, para que no tuviera malas influencias. Pero mi pregunta con catorce años era: “Papá, si no quieres que sea como los demás, como la gente que me rodea, ¿por qué has venido a tener hijos aquí?”. Como cualquier familia inmigrante, te dicen que han venido a darles un futuro mejor a sus hijos. Así lo justifican.

Admite que mentía a sus padres por, por ejemplo, su amistad con un chico o sobre el maquillaje, que retiraba antes de volver a casa. “Siempre he tenido que manipular las cosas para llevarlas a mi terreno para que no me juzguen, ni me culpen, ni me compliquen la existencia”.

La **entrevistada 6** guarda similitudes con la **entrevistada 3**: una mujer española, trabajadora con una situación económica cómoda que a los 32 años, en un viaje con amigas a Marruecos, conoce a un hombre marroquí de 28 del que se enamora. Apenas se vieron dos o tres días, pero regresó a España con la sensación de que había sido “un flechazo”. Durante meses hablaron por teléfono y él le enviaba una carta todos los días, por lo que en Semana Santa ella regresó al país magrebí para comprobar si aquella historia era tan prometedora como parecía. “Volví totalmente enamorada”, recuerda.

Meses después volvió a Marruecos y conoció a la familia de su novio. “Yo pensaba que habría más problemas con la familia de él que con la mía, pero fue al contrario”, relata la entrevistada. La familia de él la acogió “perfectamente”, incluso cree que “se portaban excesivamente bien” con ella, extremo que ahora explica por que el hecho de que uno de sus miembros pudiera venir a Europa era “lo mejor que les podía pasar”. Fue su familia la que puso más objeciones.

Por aquella época, mediados de los años noventa, el libro *No sin mi hija* se convirtió en *bestseller*. La americana Betty Mahmoody, casada con un médico iraní, viajó con él y con su hija de cuatro años de vacaciones a Teherán. Una vez allí, él decidió que se establecería en el país y, si ella quería marcharse, debía renunciar a la niña. La obra, que narra la peripecia de madre e hija para escapar de Irán, vendió varios millones de ejemplares en todo el mundo. Y llegó a manos de la madre de la **entrevistada 6**, que la leyó antes de que saber que su hija y su novio planeaban casarse.

Mi madre no quería de ninguna de las maneras. Mi padre lo aceptó mejor: pensó que si era lo que yo quería, lo que él quería era verme feliz. Me lo dijo así. La lucha era convencer a mi madre de que no iba a hacer ninguna locura. Y la convenció él [el novio]. La llamó un día por teléfono y le prometió que me iba a hacer muy feliz. Ella se quedó más tranquila. Cuando colgó me vino a buscar y me dijo: “Haz lo que tengas que hacer, que yo te voy a apoyar”.

La boda se celebró en Marruecos y, tras poner en regla los papeles, se instalaron en España. Al principio él tuvo algunos “problemas de adaptación” que ella consideró comprensibles. A partir del segundo año, él comenzó a mostrar actitudes violentas.

Por ejemplo, si le decía “venga, date prisa que nos están esperando unos amigos a cenar” y se agobiaba mucho, lo que tuviera en la mano lo tiraba, ya fuera un vaso, el mando de la tele o el teléfono. Daba portazos... Eran cosas que yo no había vivido en mi familia.

Durante un tiempo ella se culpó del comportamiento de su marido: “Es que, claro, lo agobio, voy a intentar ser más tranquila”, se decía. Poco después nacieron sus dos hijas y comenzó a “tener miedo de que se las llevara”. Nunca amenazó explícitamente con hacerlo, pero se lamentaba de que sus hijas se fueran a criar en España, lejos de su país. La entrevistada recuerda que, mientras fueron bebés, no fue “mal padre: le gustaba bañarlas, cambiarles el pañal, darles de comer...”. Pero pronto empezó a “ponerles límites” y se convirtió en un padre “duro y maltratador”:

Muchas de las discusiones que teníamos era porque les pegaba. A mí no me gustaba. Luego me he enterado de que delante de mí lo que hizo fue la punta del iceberg. Él era consciente de que, según qué cosas viera yo, podía dar el paso. Y efectivamente, así fue.

Para la **entrevistada 1**, el punto de inflexión en las relaciones familiares fue el segundo matrimonio de su madre. La fragilidad de su condición de viuda e iletrada la empujó, en su opinión, a casarse de nuevo: “Estar casada le cambiaba el estatus y le confería una seguridad”. Su nuevo marido vivía hasta entonces en Marruecos, aunque procedía de un entorno ajeno al de la familia de la mujer, arraigada en una de las zonas más humildes del país. Él tenía cierta formación intelectual, claras convicciones ideológicas y aspiraciones de convertirse en líder de su comunidad. La entrevistada cree que casarse con su madre fue su puerta de entrada a España, donde cree que él quería desarrollar su militancia en movimientos que, según cuenta, con los años se revelarían de perfil salafista.

Tenía unos valores y una forma de vivir la fe musulmana totalmente diferentes. Eso cambió nuestra dinámica en casa, la relación de la familia y también afectó a la convivencia con el resto de la comunidad y con la sociedad.

La comunidad musulmana, cuenta la entrevistada, lo recibió con una mezcla de recelo y respeto: su formación lo convertía en líder de algunas cuestiones, al tiempo que generaba desconcierto por el hecho de que su perfil no se asimilaba con el de la mayoría de los inmigrantes marroquíes de aquella época. Poco después de su llegada, comenzó a organizar la comunidad y los espacios de participación, lo que incluía la separación de mujeres y hombres y de los musulmanes y los que no lo eran. Apostaba por el establecimiento de ciertas limitaciones, la imposición de un código moral y de cierto control. Y se fijaba especialmente en la mujer.

Había opresión a la mujer, que tenía que representar la moralidad de una comunidad. Hubo quien claudicó y lo consideró una forma de avanzar, y otros que se alejaron y rompieron los vínculos porque consideraban que no era lo apropiado para los tiempos que vivíamos.

La llegada a la comunidad de unos amigos lo animó a organizar una mezquita clandestina que, tiempo después y gracias a la consecución de un edificio más sólido y amplio, se convirtió en una mezquita oficial desde la que empezó a predicar su particular visión del islam.

Hasta entonces no había una mezquita ni la comunidad sentía esa necesidad, no era una prioridad. Para un inmigrante, su prioridad es tener una trayectoria personal exitosa, promocionar a sus hijos en el ámbito académico, como cualquier proyecto vital... Las mezquitas no estaban en la mente de nadie, más bien sorprendía porque nadie cruzó la frontera buscando una mezquita, sino un futuro.

Las nuevas costumbres que se instalaron también en el hogar y la nueva vivencia de la religión, como se explicará más adelante, incidían en marcar la diferencia “entre nosotros y ellos, los musulmanes y los no musulmanes, que yo nunca entendí”.

El testimonio del **entrevistado 9** entraña cierta dificultad. Es un hombre marroquí que supera la treintena y que, como muchos ciudadanos de su zona, vive a caballo entre Marruecos y Ceuta. Habla español, aunque con ciertas carencias, y durante la charla se emociona en numerosas ocasiones. Su historia se centra en uno de sus dos hermanos, un hombre casado, con tres hijos y un pequeño negocio que le permitía vivir con cierta comodidad. De hecho, era él quien ayudaba económicamente a su madre y al tercero de los hermanos.

La forma que tiene de hablar de su hermano destila admiración: “Mi hermano era como un modelo”, asegura. Recuerda que lo defendía en el colegio cuando se veía envuelto en alguna pelea y después cargaba con la responsabilidad ante los adultos. Ya de mayor cuenta que era generoso sin que nadie se lo pidiera: si veía que alguien cercano necesitaba algo, se las arreglaba para conseguirlo.

En su faceta de padre, el entrevistado relata que su hermano era atento, que dedicaba los fines de semana a sus hijos y que solían hacer excursiones al campo toda la familia. Su situación económica le permitía enviar a sus hijos a “un colegio de pago”. A sus ojos, el puzle de su vida parecía encajar y, en un primer momento, nada le hizo sospechar lo que se avecinaba: “Todo lo bueno que tenía... y ha dejado a mi madre, tres niños, una mujer y nos ha dejado a todos”.

4.2. La vivencia de la religión

Para varios de los entrevistados, la fe musulmana se vivía en el hogar como un elemento más cultural que religioso. Para la **entrevistada 1**, que había crecido en una comunidad de inmigrantes marroquíes no especialmente practicante, la entrada en escena de su padrastro supuso un cambio radical. Hasta entonces, su familia había vivido la fe musulmana de una forma que ella define como “muy natural, no era un elemento que nos diferenciara del resto”.

Los viernes iba a cenar y las fiestas del cordero consistían en compartir con todo el mundo. Vivía con ilusión la llegada del Ramadán: quería pasar los días en ayuno y comer de noche. Era algo espiritual, no había símbolos que nos diferenciáramos, era una forma de acercamiento a los demás sin mayor incidencia de las que pudieran tener quienes practicaban la fe cristiana. Los eventos eran abiertos a todos. El hiyab no nos definía como musulmanas ni era un elemento esencial de nuestra identidad religiosa. Nunca he sentido la necesidad de llevarlo ni en mi entorno era una prenda que se utilizara. Quienes lo usaban tendían a quitárselo.

Tras el segundo matrimonio de su madre, el “código moral y ético” que se instaló en su casa cambió por completo. Su padrastro quitó las fotos de las paredes y las sustituyó por versículos del Corán. También instauró, tanto en su casa como en la comunidad, la separación de mujeres y hombres para que no compartieran espacios comunes. Prohibió la música y cantar. Su madre, que solía cantar o tararear alguna canción mientras cocinaba, dejó de hacerlo. Las fiestas con las que hasta entonces habían convivido pacíficamente, como la Navidad, la Semana Santa o el fin de año, se convirtieron en objeto de burla, así como las mujeres que vestían de una determinada manera. Dar la mano dejó de ser una forma admisible de saludar a las mujeres. Tal y como la **entrevistada 1** lo percibía, era un esquema basado en la confrontación entre el concepto de “buen musulmán” que tenía su padrastro y todo lo demás, que entraba dentro de lo que él denominaba “no musulmán” y que, en el fondo, estaba integrado por casi todo lo que les rodeaba.

Era generar odio, buscar el enfrentamiento, una obsesión entre el bien y el mal, un concepto de pureza, un retroceso como persona en el siglo XXI, la búsqueda constante de enemigos, el estar cerrados, rechazar de lleno aquello que es diferente y que cuestiona sus ideales o su modelo de sociedad... Generaba un ambiente casi prebélico, algo que nunca antes había vivido.

Todo aquello que entraba dentro de la idea de lo “no musulmán” se convertía en fuente de rechazo: ideas como la democracia, la libertad individual, la igualdad entre hombres y mujeres y prácticas como los matrimonios mixtos, que él consideraba “un deterioro, algo que corrompía su concepto de fe y sociedad musulmana”. Para ella, se trataba de un rechazo a la convivencia, una forma de vivir y de hacer vivir la religión “violenta”: “No era una fe, era una norma social, un ideal político que fomentaba que estuviéramos enfrentados a lo que nos rodeaba, no tenía que ver con la fe musulmana”.

Al igual que en este caso recién expuesto, la práctica de la religión no era un elemento clave en el hogar de la **entrevistada 3**. El islam fue durante años un terri-

torio que solo incumbía a su marido, que por otro lado tampoco lo practicaba con demasiada ortodoxia. Su conocimiento religioso, describe la mujer, era limitado, “como el que nos dan de religión católica en el colegio”. Para ella, fue precisamente ese desconocimiento el que facilitó que abrazara una visión radical de la religión. La mujer recuerda que no rezaba ni iba a la mezquita y que solo cumplía estrictamente el Ramadán: “Para él era un mes sagrado y, si no lo hacía, lo percibía como un pecado muy gordo. Siempre intentaba ir a la fiesta del cordero a Marruecos, que era como la Navidad”. Su familia tampoco era especialmente practicante: el padre de él rezaba, pero comentaba con naturalidad que él no acudía a la mezquita. Todo cambió en un momento muy concreto: cuando el padre de su marido falleció.

En el caso de la **entrevistada 6**, en una historia que circula en paralelo a la recién mencionada, su marido de nacionalidad marroquí tampoco era especialmente practicante, aunque también cumplía el Ramadán. Cuando sus hijas tuvieron doce o trece años, quiso que también ellas cumplieran con el precepto, algo que nunca intentó con su esposa:

A mí nunca me molestó en ese aspecto. Según me decía él, los hijos de un musulmán son musulmanes, no hay término medio. Pero claro, yo no era hija de musulmán. Para él hubiera sido maravilloso que yo me convirtiera y me lo dijo en muchas ocasiones, pero yo le decía: “Me has conocido así y así soy”. Y él lo dejaba estar.

Las hijas fingían que cumplían el Ramadán, pero iban a comer a casa de sus abuelos con autorización de su madre, que no se lo confesó porque “habría ido contra ellas”. El hecho de que no supieran árabe era otro de los focos frecuentes de discusión. Para su mujer, las razones de su agresividad se encontraban en su infancia de niño maltratado, una circunstancia que ella misma había presenciado en el país de origen de su marido. Ella intentaba razonar que aquel no era el mejor camino para educar a sus hijas. Entonces, “él pedía perdón veinte mil veces y yo veinte mil veces lo perdoné”.

A partir de que cumpliera cuarenta años, el hombre comenzó a cuestionarse sus propias circunstancias: su deseo de ser un buen musulmán y las contradicciones que ello conllevaba con el entorno en el que vivía. A su mujer solía repetirle que ya no podía “llevar la vida que había llevado de joven” y que tenía que “empezar a rezar porque, si no, no voy a ir al cielo”.

Empezó a comerse el coco. Eso le creaba un problema psicológico porque él quería ser musulmán, pero no lo era, y cuando le apetecía tomarse una cerveza se la tomaba. Pero a raíz de ponerse enfermo su padre [como en el caso de la **entrevistada 3**], él hizo un clic.

En otros casos, como el de la **entrevistada 2**, la religión siempre ha estado presente entre sus familiares, a los que define como “buenos musulmanes” que “siempre han cuidado los dogmas del islam”. Cumplían con el Ramadán, con los preceptos del rezo y con la peregrinación a La Meca.

Y no es que sean radicales, porque mi familia ni es radical ni es extremista, pero han llevado el islam en casa. Hay musulmanes que son muy abiertos hacia el tema del sexo antes del matrimonio, pero en mi casa no.

Para ella, que se muestra comprensiva con determinados comportamientos de su familia que se relatarán más adelante, ciertas actitudes le generaban conflictos con sus parientes.

El problema es que el islam para mí, o como yo lo he percibido, es de sí o de no. Y cuando es no, no hay un porqué. Y eso es un tema también de educación. A un niño no le puedes decir “no hagas esto” y no explicarle el porqué. Esto pasa mucho en las familias musulmanas y puede crear muchos conflictos. También en los colegios. Hay que empezar a educar a los niños y tener criterios: hay que saber educar en el islam. Y en todas las religiones, no importa, pero hay que saber hacerlo.

Al ahondar en esta cuestión, la propia entrevistada admite que sigue lidiando con prejuicios asimilados en esa etapa relacionados, por ejemplo, con la forma de vestir de las mujeres: “Te lo van inculcando y es ya una parte de ti, un prejuicio tonto y absurdo, pero que forma parte de tu vida”.

El único caso de una conversión lo encontramos en las **entrevistas 7 y 8**. Se trata, en realidad, de una doble conversión: la de un hombre de origen marroquí, residente en España y que, en el momento de la entrevista en 2019 se encuentra en prisión preventiva acusado de delitos de terrorismo; y la de su pareja, la **entrevistada 7**, una mujer de origen latinoamericano a la que conoció por Internet y que encontró en él una suerte de guía espiritual. Las conversiones de ambos se produjeron en paralelo, aunque con un océano de distancia.

Ella, la **entrevistada 7**, había crecido en un ambiente cristiano y, aunque no era practicante, había asimilado que el cristianismo era “la religión perfecta” y que “existía un Dios”. En 2015, ya en la treintena, contrajo una enfermedad grave que le provocó una “necesidad de conocer a Dios”. Y, asegura, salió en busca de ese conocimiento. Su primera referencia fue el cristianismo, pero después, “no sé por qué”, llegó al islam, un credo por el que hasta entonces sentía “fobia” porque, asegura, había creído “las falsedades” que circulan sobre él.

Lo primero que hice fue ponerme el hiyab, antes de obtener cualquier conocimiento. Pensaba que yo estaba bien, pero algo me faltaba. Seguí buscando hasta que hace dos años, cuando tuve conocimiento suficiente, sentí que me convertí de verdad, que ya era musulmana. Aunque aún me falta, el conocimiento nunca se obtiene del todo. Entonces fue cuando conocí a mi esposo.

La búsqueda de la entrevistada comenzó en libros y en consultas con los imanes de una mezquita del país latinoamericano donde residía. El imán le recomendó que se centrara en leer el Corán y en rezar, pero ella quería “saber más”. Y comenzó a buscar en redes sociales, en concreto en páginas de Facebook sobre islam en castellano. Aún no tenía, según cuenta, el criterio suficiente para determinar si lo que leía era falso, de ahí que una amiga le recomendara que hablara con un chico con el que ella había contactado a través de un grupo cerrado de Facebook. La amiga la introdujo en el grupo y lo conoció.

Él era trece años menor que ella y, dentro de la comunidad *online* en la que participaba, había asumido un papel de liderazgo. Durante su adolescencia y su juventud había tenido “una vida loca”. No tenía estudios, acumulaba antecedentes penales relacionados con las drogas y su vínculo con la religión se limitaba a una cuestión cultural. Sus costumbres se alejaban de las normas del islam: bebía alcohol, fumaba e “iba de mujer en mujer”. Con una de ellas tuvo un hijo cuando tenía dieciocho años. Dos meses después de que naciera el bebé, comenzó a cambiar su visión de la religión e instó a su pareja a que se convirtiera al islam, cosa que ella rechazó. Aquel desencuentro, como detalla su hermana, la **entrevistada 8**, los separó.

Él no sentó la cabeza de repente, sino que buscó el conocimiento del islam antes de haber sido musulmán. Se hizo musulmán, volvió a la vida de locura y luego pasó un buen tiempo antes de que empezara a pensar, a leer más, y fue entonces cuando se lo tomó en serio.

A la **entrevistada 7** le habló sobre su pasado, aunque ella admite que nunca le preguntó porque no le interesaba: “Lo que me interesaba era lo que conocí de él y lo que voy a conocer. Cuando él me decía que tenía muchos pecados, yo le contestaba que todos nos equivocamos y que Alá nos perdona”, relata. La relación se fue afianzando durante más de un año a través de videollamadas. La familia de ella trató de disuadirla. La de él, sin embargo, parecía más receptiva: se presentaron a través de la pantalla y aceptaron la idea de que ella cruzara el Atlántico para comenzar una vida juntos.

Por último, el **entrevistado 9** aporta escasos datos sobre la vivencia de la religión en su entorno más cercano. Se crió en una familia musulmana practicante que visitaba la mezquita con asiduidad y celebraba al completo la fiesta del corde-

ro. Su hermano era practicante, aunque no seguía con especial disciplina los preceptos religiosos: fumaba y tenía algunos “vicios”. Solía confiarse a Dios ante las dificultades, a las que solía restar importancia: “Él siempre decía: ‘No pasa nada. Dios te va a ayudar’”.

4.3. El proceso de radicalización

Dos adolescentes obligadas a casarse

El padraastro de la **entrevistada 1** centró primero los esfuerzos en su esposa para que adecuara su día a día a las nuevas normas de la casa. Él le explicaba “cómo debía practicar y vivir la fe musulmana” y, según cuenta la hija, la corregía constantemente en su tono de voz, sus relaciones con su entorno o su vestimenta, en especial desde que decidió que el hiyab debía ser obligatorio en el hogar.

Quería coartar su libertad y que fuera una mujer dependiente absolutamente de él: dejó de trabajar, cambió de relaciones, pasó a ser una mujer recluida, dejó de participar en la vida comunitaria. Fue captándola para adoptar otro modelo que no era el que habíamos vivido nunca antes, que no conocíamos y del que no teníamos referencia.

La relación con su hijastra fue desde el principio distante, algo que ella percibía como de “total desprecio o indiferencia”. De hecho, afirma que su primer recuerdo de él es “su mirada de desprecio”. Cuando él se instaló en el hogar familiar, la niña tenía diez años y vestía “como cualquier niña: camiseta, pantalones cortos”; también era “bastante risueña e inquieta”. Ambas cosas, según cuenta, “violentaban” a su padraastro. A medida que la pequeña entraba en la preadolescencia, sus inquietudes iban en aumento y era habitual que comentara en casa lo nuevo que había aprendido en el colegio o aquello que escuchaba en la televisión y le llamaba la atención. Todo ello, sin embargo, no era bien recibido por su padraastro.

Aquello que lo ponía en evidencia o que contradecía sus valores lo veía como un ataque, algo que a él le confirmaba que yo era una contaminada de Occidente, una persona a corregir, la antítesis de lo que debía ser una niña. No puedo decir que hubo una agresión física, era una agresión emocional el hecho de vivir bajo el constante repudio por el mero hecho de ser una niña, escuchar música, ver la tele, ir con mis amigos al cine... Para él, yo estaba yendo con el

otro bando. El hecho de que yo no llevase hiyab era algo totalmente impuro, obsceno y provocativo. Como mucho, en algún momento me lo ponía para camuflar y en otros momentos me lo quitaba porque era mi tendencia natural.

La estrategia de su padrastro pasaba por ir cortando los lazos que unían a la menor con el exterior de la comunidad que él lideraba y de su propio hogar. La alejó de sus *hobbies*, de sus amigos, de todo “lo que yo había sido hasta entonces”, abocándola al aislamiento. Sin embargo, como ella confiesa, hubo un nexo que él no pudo cortar y que actuó como apoyo y como guía: la cultura, en concreto, la música, el cine y los libros que devoraba a escondidas. En definitiva, todo aquello que había aprendido hasta que él apareció en su vida.

Esos ratos de escuchar a escondidas con mi *walkman* canciones de Alaska, ratos en los que podía ver una película, *Verano azul*... Son pequeños espacios que me servían para subsistir emocionalmente y paliar el impacto que todo aquello estaba teniendo en mí. Fue la cultura en soledad la que me daba sentido a la hora de buscar el equilibrio. Fue una de las cosas que iban frenando el daño. No he tenido un ser humano al lado que fuera paliando el daño. Yo era una adolescente y en ese momento mis referentes eran mi madre y los compañeros de clase, con los que por desgracia perdí el contacto. Me quedé aislada, sola.

La entrevistada considera que su madre experimentó un proceso de aislamiento similar al que ella vivió, pero con la diferencia de que su reacción fue por completo distinta. Ante las imposiciones de su segundo marido, y mientras su hija se resistía, ella se plegó.

Ella quiso hacer suyas esas creencias y esas prácticas creyendo que someténdose a ese código alcanzaría un mejor estatus. Se creyó que anteriormente había sido demasiado libertina, una mujer que al ser dueña de su vida sin tener a alguien, a esa figura masculina que controlara su moralidad, había recorrido el mal camino y que en la actualidad, estando bajo la supervisión de esa figura masculina y de ese código islámico tan estricto, era un avance.

Las consignas que el padrastro repetía con asiduidad se convirtieron en hechos contrastados para su madre. La mujer aceptó que se había “contaminado de Occidente, de la democracia y de la libertad” y que, con ello, renegaba de sus orígenes y se dirigía hacia el mal camino. Primero perdió su red social y después, su independencia económica cuando él la obligó a dejar su trabajo. Se convirtió en una persona dependiente de su nuevo marido y, a ojos de su hija, la clave estaba de nuevo en la cultura. Esta vez, en la ausencia de ella.

La diferencia entre el sometimiento de mi madre y mi reacción fue que mi madre no tenía referencias culturales, era una persona sin formación y sin capacidad de cuestionar. Yo tenía cierto conocimiento, *inputs* de mi colegio y del entorno que me rodeaba y que yo iba buscando, esos referentes que me rodeaban y que me habían acompañado culturalmente: la música, el cine, la lectura, algún programa de televisión que me daba elementos para rebelarme y para que esas ideas se hubieran mantenido en el tiempo.

En ese proceso de aislamiento paulatino, el punto de inflexión llegó cuando el padrastro decidió apartar a la **entrevistada 1** del último vínculo que tenía con la vida más allá de la comunidad que él ahora lideraba y le prohibió ir al colegio. La resignación o la búsqueda clandestina de vías de escape dieron paso a otra actitud que determinaría los siguientes acontecimientos: la menor se rebeló. A partir de entonces, la desconfianza y la inquietud que sentía hacia su padrastro se convirtieron en miedo, “mucho miedo”.

Ante la resistencia de la menor, su padrastro dio un paso más. Si la joven, que entonces contaba con quince años, no se sometía a sus directrices, lo haría ante su marido. Y le concertó un matrimonio forzoso. Escogió a un hombre marroquí que entonces tenía veinte años más que ella y que compartía los postulados ideológicos de su padrastro. Ella se negó.

Eso generó una situación de tensión. No hubo un enfrentamiento directo con él porque sus normas, sus creencias o su forma de vivir le impedían estar bajo el mismo techo que yo o tocar a alguien como yo, pero ejercía el control y la manipulación de mi madre hacia mí hasta tal punto que, ante mi negativa a aceptar ese matrimonio concertado, vi amenazada mi integridad física. Un día me desperté con un cuchillo en el cuello.

El episodio permanece indeleble en la memoria de la entrevistada. Era de noche y ella se había adormilado después de un enfrentamiento porque se negaba a aceptar el matrimonio. Al despertar, vio que tenía el cuchillo sobre ella.

Lo hizo para que viera que iba en serio y para darme a entender que, si no aceptaba el matrimonio, ponía en riesgo mi vida y la honorabilidad de la familia. Fue una coacción, la forma más brutal de coaccionar a una persona.

Los planes de su padrastro y su madre de visitar Marruecos, donde ella preveía que se podía celebrar el matrimonio, terminaron por acelerar los acontecimientos. El elegido era un hombre que pertenecía al entorno de su familia, compartía su

ideología y su forma de vida. La entrevistada comenzó entonces a pensar que en su siguiente viaje a Marruecos podría correr peligro.

Creo que las amenazas se iban a cumplir o parte de ellas se estaban cumpliendo porque yo había perdido mi libertad y el siguiente paso iba a ser perder mi vida, no aquí en el Estado español, pero sí con la excusa de ir de visita a Marruecos podría haber perdido la vida.

La única salida era huir.

En el caso de la **entrevistada 2**, el matrimonio concertado fue también el punto de inflexión en el contexto de radicalización que vivía en su casa. Todo comenzó cuando ella tenía catorce años. En sus recuerdos de esa época ella era una “adolescente rebelde” que en el instituto experimentó situaciones conflictivas, en algunos casos violentas, a pesar de que sabía que tenía capacidad suficiente para sacar sus estudios adelante. Se trataba de su manera de mostrar su inconformismo con la situación que vivía en casa.

Cuando cumplió catorce años, sus padres llegaron a un “acuerdo prematrimonial” con un hombre marroquí que entonces tenía 28 años. Se fraguó durante las vacaciones estivales, cuando la familia solía visitar su país de origen. Los planes de la familia de la **entrevistada 2** pasaban por que la joven tuviera contacto con su futuro marido durante esos períodos vacacionales hasta que se oficializara el matrimonio. Ese período duró dos años. Durante ese tiempo la llevaban a Marruecos “para conocer al chico y todo lo que es el protocolo de un matrimonio”. Su descripción de las visitas al reino alauí y de su relación con aquel hombre son imprecisas, aunque admite sucintamente determinados hechos concretos: “Intentó forzarme y llevarme a su terreno”. Ella se dio cuenta de que lo que estaba viviendo “ni era amor, ni era un matrimonio, ni era lo que yo quería”. Fue en ese momento cuando decidió que quería acabar con aquella situación, aunque ello implicara romper los lazos con su familia. “Lo que ellos me vendían como un matrimonio no era así”, sentencia.

Al contrario que la **entrevistada 1**, la **entrevistada 2** no había dejado de ir al instituto. Fue ese vínculo con el sistema educativo, y en concreto con una profesora, lo que la empujó a dejar atrás su matrimonio forzosos y, con él, a su familia.

Dos padres de familia radicalizados

Las historias de las **entrevistadas 3 y 6** guardan tantos puntos en común que, sin conocerse, pareciera que sus vidas, o al menos sus respectivos matrimonios,

transcurrieron en paralelo. Ambas se casaron con un hombre marroquí y con ellos tuvieron dos hijos cada una. La religión era un elemento cultural en sus vidas: no es que fueran estrictos en su visión del islam, es que ni siquiera eran practicantes, más allá de respetar las festividades y el Ramadán. La educación de los hijos abrió la primera brecha en los respectivos matrimonios, como se ha expuesto en el apartado anterior. Pero, si hay un punto de inflexión determinante en ambas trayectorias vitales, es la muerte del padre de sus respectivos maridos.

En el caso de la **entrevistada 3**, su suegro enfermó y falleció. Cuando su marido supo que su padre estaba enfermo, comenzó a rezar en casa. Su mujer lo asumió como una reacción normal ante la adversidad y se planteó que, si fuese su madre la que hubiera enfermado, ella también rezaría. El funeral de su suegro fue para ella la primera prueba visible de que las cosas empezaban a cambiar. Sus cuñadas, que siempre habían vestido a la manera occidental, y su suegra se cubrieron con el pañuelo. En general, ella percibió “un clic”: “Toda la familia se sentía en la obligación de acercarse a Dios. Se habían dado cuenta de que estaban en el camino equivocado y que había que rectificar”. Aquellos días de luto en la casa familiar, la **entrevistada 3** se unió a los ritos: la casa se llenó de familiares y amigos que rezaban “las veinticuatro horas” y por la noche acudían a la mezquita, a donde ella entraba cubierta. “Fue entonces cuando la religión entró en nuestras vidas, en la de los niños y la mía”, relata.

Una semana después de regresar a España, su marido empezó a ir a rezar “por el alma de su padre” a la mezquita. A su mujer no le pareció extraño dadas las circunstancias. Sin embargo, las visitas se convirtieron en cada vez más frecuentes y pronto pasaron de ser semanales a diarias y, después, de acudir una vez al día a practicar las cinco oraciones en la mezquita. Además, comenzó a percibir cambios primero hacia los niños, a quienes pretendía imponer la práctica de su religión, y después hacia ella: sus opiniones, que siempre había tenido “muy en cuenta”, pasaron a un segundo plano y comenzó a enfatizar las diferencias entre los hombres y las mujeres.

Unos meses más tarde, su marido introdujo en el hogar cambios relacionados con una visión de la religión ajena hasta ese momento a su familia. “Él me habla de que ha conocido a unas personas que saben mucho de religión y que él tiene que coger el camino correcto”, rememora la mujer. Y ese camino comenzaba en casa. Prohibió el alcohol, no solo en el hogar, sino también a su alrededor, de manera que no podía sentarse en ninguna mesa donde se estuviera consumiendo, por lo que reducía cualquier contacto habitual con la familia de su mujer; retiró las imágenes aduciendo que no podía haber ninguna recreación de Dios en el hogar; y pidió a su mujer que hablara con el colegio de los niños para que dejaran de dar clases de música porque estaba “prohibida en el islam”. También decidió que era el momento de que aprendieran árabe y, desde entonces, los niños debían ir una vez a la semana a la escuela de la mezquita.

Los hijos nunca se sintieron cómodos en aquellas clases. Para el hijo, el **entrevistado 4**, formaban parte del intento de su padre de que fueran “más de su cultura”. Relata que en la mezquita ni su hermana ni él se consideraban integrados porque eran “los únicos españoles que iban a estudiar árabe” y porque los demás niños, al contrario que ellos, ya conocían el idioma.

La profesora hablaba árabe. No nos entendía y nosotros no la entendíamos. Se lo dijimos a nuestro padre y él nos decía: “No, tú tienes que seguir yendo y vas a aprender árabe, te guste o no te guste”. Y teníamos que ir sí o sí.

Los hermanos, entrevistados por separado, coinciden en que en las clases no solo los instruían acerca del idioma. Ella, la **entrevistada 5**, narra que sobre todo la enseñaban a “cómo rezar, aprender el islam y lo que hay que hacer para ser buena musulmana”. Confiesa que “no lo pasaba nada bien”: “Yo ahí no era yo, era otra chica, otra niña. No me sentía bien, no me integraba del todo”.

En especial para el hijo, que era el mayor, la instrucción incluía el Corán, que debía aprender “de memoria” no solo en las clases, sino también en casa bajo la supervisión de su padre.

Luego en casa más, por supuesto. Llegábamos a casa y nos lo preguntaba. Si no nos lo sabíamos, nos castigaba y nos decía que teníamos que seguir estudiando hasta que nos supiéramos equis frase o equis libro o lo que fuese en ese momento.

No haberlo aprendido tenía consecuencias, en especial cuando la madre no estaba presente. El **entrevistado 4** cuenta que su padre los amenazaba con no darles de comer hasta que no supieran la lección. Relata que, al menos hacia él, los castigos eran tanto psicológicos como físicos y siempre se producían bajo la amenaza de que no los revelara a su madre. Si el padre sospechaba que lo habían hecho, volvía a castigarlos cuando se quedaba solo con ellos.

El cerco no solo se cernió sobre los hijos, sino también sobre su mujer, que fue viendo cómo sus espacios sociales y vitales se redujeron. Cuenta que su marido se convirtió en una persona “mucho más agresiva, mucho más cruel”. Al principio, ella afirma que se sometió: con veinte años de matrimonio a su espalda, se convenció de que lo que ocurría era una situación temporal fruto de una religiosidad creciente por la muerte de su suegro y decidió que, ante todo, quería mantener unida a la familia. “Siempre tienes esa esperanza de poder reconstruir lo que se está rompiendo en tu familia”, explica.

Sin embargo, la agresividad de su marido dio pronto paso a episodios de violencia contra ella. Cuenta que él la practicaba como un castigo ante la negativa de ella a plegarse a alguno de sus requerimientos.

Una tía mía nos invitó a mí y a mis hijos a su cumpleaños y él me dijo que no podía ir, que eso era un pecado gordísimo, que estaba condenando a mis hijos al infierno. Le dije que me daba igual, que iba a ir porque era mi tía y que iba a llevar a mis hijos. Cuando volví, por supuesto, no me habló. Al día siguiente llevé a los niños al colegio y, cuando volví, cogió mis llaves, cerró la puerta y me dijo: “Aquí te quedas encerrada. A ver ahora cómo recoges a los niños. Esto es para que reflexiones sobre lo que hiciste ayer”. Llamé a mis padres y les dije que tenía una reunión y que, por favor, recogieran a los niños.

Las restricciones fueron en aumento: le prohibió maquillarse y pintarse las uñas y le pidió que saliera a la calle con prendas largas que cubrieran su cuerpo. Ella fue cediendo en todo hasta que fue consciente de que sus hijos también formaban parte del plan de acción de su marido. El día que lo supo permanece grabado en su memoria y también en la de su hija, la **entrevistada 5**.

La menor tenía tres o cuatro años la tarde en la que su padre anunció que se la llevaba al parque. En realidad, según cuenta, fueron al cementerio. “Aquí están todos los infieles y te tienes que convertir al islam porque, si no, vas a acabar aquí”, le advirtió. También le contó que, “cuando llegaba la muerte, venía un señor muy muy muy feo que te decía todo lo malo que habías hecho” y que, para esquivarlo, debía ser una buena musulmana. Al volver a casa, la niña le contó a su madre cómo había sido el paseo. “Mamá, ¿a que no sabes dónde he estado hoy? En el cementerio”, recuerda la madre que le dijo. Desde ese día, la menor comenzó a tener “muchísimo miedo a ser una infiel y acabar así” y decidió hacer “todo lo que decía mi padre”: “Era una niña y me lo creí. Dije e hice todo lo posible para no acabar así”, admite.

Para su madre, sin embargo, aquel episodio provocó que hiciera “clic en mi cabeza” y se diera cuenta de que lo que le ocurría a su marido iba más allá de un acercamiento a la religión. Hacía tiempo que él se había alejado del mundo que antes compartían: en Navidad se marchaba a Marruecos para no celebrar ningún tipo de fiesta en la que el alcohol estuviera presente, pasó casi dos años sin reunirse con su familia política y se negó a ir a celebraciones de carácter religioso, como la primera comunión de un niño cercano a la familia. Le pidió a su mujer que la niña no vistiera falda para ir al colegio y que hablara con el centro para que le permitiera cambiar el uniforme y ponerse pantalones. Intentó, sin éxito, que su hija de cuatro años fuera a la mezquita “con una chilaba negra”. También él cambió su forma de vestir: se dejó barba y siempre que iba a la mezquita se enfundaba una chilaba, igual que el grupo con el que se reunía allí, a los que llamaba “hermanos”. Cuando su mujer le confesó que aquellos hombres no le gustaban y que hasta le producían “escalofríos”, él se cerró en banda y le advirtió que iría con quien quisiera. Ella enseguida comprendió que esa batalla estaba “perdida por completo”.

Con el hijo, su padre dio un paso más. Una tarde, al volver de hacer la compra, la madre descubrió al chico “con la cara descompuesta”. Él le dijo que no pasaba nada, pero ella insistió. Él relató que su padre le había enseñado vídeos del Estado Islámico en los que “degollaban a los infieles y los mártires se inmolaban porque los musulmanes tenemos la obligación de hacer la yihad”. No era la primera vez que ocurría, pese a la resistencia del chico.

Yo decía que no lo quería ver porque era pequeño y tenía pesadillas. Él me decía: “Da igual, cállate, siéntate y mira”. Luego me preguntaba: “¿Qué te ha parecido?”. Yo le decía que no me parecía bien. “Pues te lo tiene que parecer porque esta gente es buena”. Yo respondía que cómo iba a ser buena si mata-ban. Él me convencía y al final yo decía: “Bueno, si tú lo dices...”.

Aquel episodio también fue importante en la percepción de la madre. Le pidió a su hijo que le contara todo lo que su padre le dijera. Por primera vez en su cabeza apareció la palabra “terrorismo”. Y comenzó a buscar salidas. Consultó primero a una abogada, que le advirtió que mostrar esos vídeos no constituía un delito y que, si se divorciaba, tendría que compartir la custodia. Al ver que esa puerta se cerraba, comenzó a sentir miedo por sus hijos y por el resto de su familia, y decidió que la única forma que tenía de protegerlos era tratar de controlar la situación desde el bando de su marido. Así fue como un día le anunció que se convertía al islam.

Me dije: “Si yo finjo una conversión al islam, es posible que suavice la situación y fije su adoctrinamiento en mí. Soy adulta y lo puedo soportar”. Le expliqué que había leído muchísimo, porque él me había invadido a libros, que realmente me había convencido y que la mejor forma de sacar nuestra familia adelante era convirtiéndome yo al islam.

La vida de la **entrevistada 3** cambió entonces por completo: “Fingí una conversión en toda regla”, resume. Cumplía con los rezos diarios y el Ramadán, aunque no accedió a cubrir su cuerpo por completo. Le anunció a su marido que dejaba su trabajo para poder dedicarse por entero al cuidado de los hijos y que se ofrecía a organizarle su agenda laboral, que incluía viajes constantes por España. En realidad, confiesa, era su forma de mantenerlo fuera de casa la mayor parte de la semana. Aquellos primeros momentos tras la “conversión” la hija los recuerda con “muchísima alegría”.

Estaba superfeliz porque sabía que no iba a ser ninguna infiel ni iba a acabar en el infierno ni nada de eso. Estaba muy contenta porque pensaba que no le iba a pasar nada malo. Así que, cuando ella rezaba y oía: “Dios mío, por favor,

ayúdame, que quiero salir de esta”, me extrañaba mucho. ¿De qué tiene que salir mi madre?

Su hermano, sin embargo, percibió que algo no cuadraba en la actitud de su madre: “Fingía que estaba bien, pero una sonrisa falsa no se puede fingir mucho tiempo”, apunta. El objetivo de la madre, que su marido centrara la atención en ella en lugar de en sus hijos, se cumplió solo parcialmente: aunque asegura que “el primer mensaje que estaba en mi casa todos los días era que los que no son musulmanes son infieles y van a ir al infierno”, admite que su marido desvió su atención de la niña, pero no ocurrió lo mismo con su hijo.

Al chico, el **entrevistado 4**, lo seguía llevando a sus reuniones con sus “hermanos” de la mezquita. Le presentó a todos y lo comenzó a incorporar a sus planes, aunque en contra de su voluntad. Él le imploraba a su madre: “Por favor, no me dejes ir, no quiero, lo que hacen está mal y hablan de cosas de mayores”. Además, buena parte de sus conversaciones no las entendía porque hablaban árabe, aunque sí recuerda constantes referencias a los “infieles”. En las charlas de tú a tú con su hijo le insistía en la “obligación” de hacer la yihad, le recordaba que había “muchos niños mucho más pequeños que él luchando en Siria”, que no había “nada mejor para un musulmán que conseguir el Paraíso” y que irse era “un acto de buena fe que será recompensado”.

En algunas ocasiones pensé: “Pues igual dice la verdad”. Al irme tantas veces a la mezquita con él y con sus “hermanos”, este era el único tema de conversación. No había otro. Me pregunté: “¿Y si esto es verdad? ¿Y si esto es el bien?”. Hasta que volví a ser yo y dije: “No, esto no puede estar bien. Es imposible”.

La **entrevistada 3** describe dos momentos en los que el terrorismo aparece, primero en sus sospechas y después, en las conversaciones con su marido. Coincidiendo con el día del padre descubrió que lo estaban siguiendo: salieron excepcionalmente a comer fuera y descubrió que había varios coches tras sus pasos. Cuenta que fueron a comisaría, donde les confirmaron que eran vehículos oficiales y que su marido estaba “bajo investigación”. “No sé qué estás haciendo, pero aléjate de esta gente porque no sabes en qué manos estás poniendo tu vida. Por favor te lo pido, aléjate de ellos”, recuerda que le suplicó sin éxito. Después de aquel episodio, su marido manifestó abiertamente su deseo de marcharse a Siria y unirse a las filas del Estado Islámico. Ella lo animó a que lo hiciera. “Era la única solución que veía para mí y para mis hijos”, cuenta.

A sus hijos también se lo contó, aunque con versiones distintas. El chico sabía que su padre se comunicaba con un amigo que estaba allí con su familia: “Le decía que estaba fenomenal, que allí había casa, trabajo... Y él se lo planteó y nos lo

planteó a nosotros. Nos lo intentó vender de una forma muy buena”. A la niña le dijo que iría “a ayudar a los pobres para que fuesen más felices”. La menor asegura que lo creyó. A su hijo, sin embargo, le confesó sus verdaderas intenciones: “No voy a ir a ayudar a los pobres, sino que me voy a ir a luchar”, recuerda que le dijo. En su fuero interno, tanto el chico como su madre vieron en los deseos del padre una escapatoria: cabía la posibilidad de que se fuera él solo a Siria y el resto de la familia se quedara en España. Pero sus planes no llegaron a término.

La operación policial se produjo poco después. De madrugada, agentes de la Policía Nacional irrumpieron en el domicilio y detuvieron a su marido, al que acusaban de distintos cargos relacionados con terrorismo.

Retomando la historia que discurre en paralelo a la anterior, para la **entrevista 6** la muerte de su suegro también supuso un punto de inflexión. Su marido y ella vivieron casi simultáneamente la pérdida de uno de sus progenitores (en el caso de ella, de su madre) con apenas unos meses de diferencia. La disparidad de sus comportamientos durante el luto la llenaba de incompreensión: no entendía, y así se lo transmitió a su marido, “su necesidad extrema” de rezar. Él se amparaba en que el islam era diferente a otras religiones y en poco tiempo la vida diaria en la casa comenzó a girar en torno a los cinco rezos diarios.

Su mujer aceptó las incomodidades que ello suponía: que el despertador sonara de madrugada, aunque ella tuviera que irse temprano a trabajar, o mantener el silencio mientras oraba para no molestarle. Aun así, las discusiones fueron en aumento: él le reprochaba que le molestaran sus rezos —“¿No te gusta que sea musulmán?”—, cuenta que le repetía— y ella le recordaba que, cuando se casaron, él “no era así”. Como estrategia para evitar los encontronazos, ella lo animó a que rezara en una mezquita cercana. Al final, él accedió.

El cambio en la rutina del hombre no se limitó a la oración. Primero fue el físico: se dejó barba y comenzó a vestir con *kandora* (túnica por encima de los tobillos), al principio solo cuando iba a la mezquita y después, en su día a día. Entonces el matrimonio ya llevaba diecisiete años casados y la mujer asegura que ni en bodas de familiares ni en eventos religiosos a los que habían asistido en Marruecos él se había vestido de esa manera. En España, vivían en un pueblo pequeño y el nuevo aspecto del hombre comenzó a llamar la atención de los vecinos. A su mujer, admite, le causaba “vergüenza”.

Las costumbres del matrimonio también se vieron alteradas. Se aislaron de su círculo de amigos, integrado por otras dos parejas con las que solían salir a cenar y con las que habían hecho varios viajes. El principal motivo que alegaba el hombre era que en los encuentros se consumía alcohol y que él no podía estar allí. También dejó de acudir a las celebraciones de Navidad en casa de su suegra. De puertas para adentro limitó los productos de entretenimiento que consumía la familia:

prohibió las revistas de adolescentes que leían sus hijas, los videoclips “en los que salían bailarinas que él consideraba que no iban correctamente vestidas”, las películas “en las que pudiera salir un beso simplemente” y toda la música en español. “Les intentaba introducir música moderna marroquí tipo *rai* [un tipo de *blues* magrebí] y les decía: ‘Mirad este cantante nuevo...’”, rememora la **entrevistada 6**. Asegura también que sus hijas fingían que aquel estilo musical les gustaba para evitar enfrentamientos. Puso una antena parabólica para poder ver Al-Jazeera y canales marroquíes. Y prohibió que tuvieran animales domésticos, algo que consideraba *haram* (en el islam, acto prohibido por motivos religiosos).

Las noticias sobre atentados yihadistas provocaban, según su entonces mujer, que él manifestara en alto su postura favorable: “Siempre decía que llegar a cometer un atentado era morir como un mártir y que eso era lo más grande que podía hacer un musulmán”. Ella creía que él no sería capaz de hacer algo así, aunque admite que, a medida que la situación familiar se fue deteriorando y su carácter se manifestó de forma más agresiva, le surgieron dudas al respecto.

El tiempo que el marido de la **entrevistada 6** pasaba en la mezquita cada vez se iba ampliando. Las relaciones que entabló allí eran desconocidas para su entonces esposa, que solo alcanzó a conocer un par de viajes que hizo a ciudades cercanas con la excusa de “recaudar donativos”.

¿De qué cosas hablaban? No lo sé. Pero le empezaban a recriminar que sus hijas no fueran a la mezquita porque había padres que llevaban a los niños y a las niñas. Y entonces él venía a casa y lo decía: “Es que estoy quedando fatal porque todo el mundo va allí con sus hijos y todo el mundo me pregunta que por qué mis hijas no van”.

A su círculo cercano se había unido su hermano, que llegó de Marruecos y se instaló en la misma localidad española. La **entrevistada 6** apunta a que su presencia influyó en la percepción negativa que su marido tenía sobre el estilo de vida y la educación de sus hijas, que su hermano no aprobaba y que él temía que llegara a oídos de su familia.

Sus hijas, en realidad, eran ya adolescentes de catorce y dieciséis años y esa circunstancia, como relata su madre, tenía una cara y una cruz. Por un lado, no era fácil imponerles algo que, además, les resultaba totalmente ajeno. Pero, por otro, plantarle cara a su padre tenía, a menudo, consecuencias.

Era complicado porque él les preguntaba: “¿Vosotras os pondríais el pañuelo? ¿Qué opináis de las chicas que llevan pañuelo?”. Y las pobres no sabían nunca qué contestar. Si contestaban que les parecía bien, les decía: “Vale, ¿por qué no te lo pones tú?”. Y si contestaban que les parecía mal... se ponía hecho un bestia.

Entonces comenzó una cuenta atrás que duró tres años hasta que el matrimonio se rompió. En el centro del huracán estaban las hijas, sobre las que él centraba toda su atención y en torno a las que giraban todas sus discusiones. Ejercía un papel controlador sobre ellas: les registraba su bolso y su cartera, les pedía las contraseñas del móvil y revisaba sus mensajes.

Un día encontró en la cartera de mi hija una estampita que tenía como recuerdo de su abuela porque mi madre le tenía mucho aprecio y ella se la había querido quedar. No porque fuera religiosa ni nada, sino porque era un recuerdo de la abuela. Eso le hizo montar en cólera. Empezó a romper cosas por toda la casa. Mi hija se tuvo que meter en el cuarto de baño y encerrarse. Menos mal que tenía el teléfono encima y me llamó. [...] Le hizo prometer que la iba a romper y le dije: “No, no la va a romper porque es de mi madre. En todo caso que me la dé a mí y yo me la guardo”.

Las chicas empezaban a salir por los bares del pueblo contra la voluntad de su padre, que no admitía que estuvieran con chicos ni que fueran a establecimientos donde se servía alcohol.

Mi hija la pequeña se dio cuenta del peligro y evitaba salir. No lo hizo hasta los diecisiete años. Pero la mayor le plantó cara y el enfrentamiento fue muy duro. Su padre la perseguía por sitios de ocio. Entraba en los bares donde estaba con amigos y la sacaba. Y había problemas mucho más gordos. Al plantarle cara, la violencia fue cada vez mayor... Sé que le pegó muchas veces. Me he enterado después. Pero, a ella, que su padre la sacara de un bar delante de sus amigos y sus amigas le dolía más que cualquier tortazo.

Uno de los episodios más graves ocurrió cuando alguien en el pueblo le comentó despreocupadamente al hombre que había visto a su hija por la calle “con un noviete”. La chica tenía entonces diecisiete años y su pareja, diecinueve. “Le hizo prometer que lo dejarían porque, si no, lo mataría”, cuenta la **entrevistada 6**. La amenaza, según relata, trató de consumarla unos días después cuando intentó atropellar al chico mientras cruzaba un paso de cebra. La pareja dejó de salir junta por la calle y se veían en casa de la abuela materna de la chica. Un día, el padre, que “la vigilaba por tierra, mar y aire”, según la madre, los descubrió y agredió físicamente al chico.

A mi hija la agredió muchas veces. En una ocasión le vi una marca en la espalda y al pedir explicaciones... Al final, me daba miedo. Cada vez que pedía explicaciones se liaba una muy gorda. Él decía: “Me estás vigilando”. O sea,

era yo la que vigilaba. Lo más significativo era la sensación de miedo que teníamos las tres cuando oíamos abrirse la puerta. Eso no se lo deseo a nadie. Cuando oíamos la llave de la puerta, nos poníamos a temblar. Eso es horrible, horrible.

Durante los tres últimos años de matrimonio se sucedieron episodios violentos. En ese tiempo, él se sometió a tratamiento psicológico, una condición que la mujer le había impuesto para seguir juntos después de uno de los múltiples enfrentamientos que tuvieron durante esos meses. Los malos tratos que él practicaba sobre sus hijas a espaldas de su mujer fueron aumentando en frecuencia y gravedad. Una de las pocas escenas violentas que la mujer presenció motivó que huyera con sus hijas y presentara una denuncia por malos tratos ante la Policía Local. Ahí se inició el proceso de divorcio.

Un novio acusado de terrorismo

Durante los casi dos años que duró la relación a distancia entre la **entrevistada 7** y su pareja, ella cuenta que él ejerció un papel de instructor en materia religiosa.

Él era mi maestro y yo era muy rebelde. Era maestro de muchas. Y no sé cómo surgió aquello, yo misma no me lo explico. No sabía lo que era, pero ahora digo que es la primera vez que lo sentía.

Al inicio del noviazgo, algunas de las dudas que ella, conversa desde hacía poco tiempo, albergaba sobre el islam estaban relacionadas con el papel de la mujer.

Muchas mujeres musulmanas sufren por cultura, les inculcan algo de la religión que es falso. Yo me enfoqué en esta parte y él me ayudó mucho en el derecho de la mujer. Siempre habló de paz, del amor, nunca dudé ni un segundo de él.

Otro de los asuntos que salió a colación en aquellas conversaciones fue el terrorismo, sobre el que la **entrevistada 7** le preguntó.

Una vez le pregunté qué opinaba sobre lo que estaba pasando y él decía que le daba lo mismo porque no era su problema. Que podía estar en contra, pero su opinión no aportaba nada. Decía: “No puedo decir que está bien porque no lo está y tampoco que está mal porque tal vez sean unos enfermos mentales”. Y allí se quedó. Nunca le pregunté más, tampoco me gustaba hablar de esos temas.

La **entrevistada 7** nunca pensó que su pareja tuviera relación con el terrorismo y la violencia porque “los que están en la calle matando en el nombre del islam, en mi punto de vista, no son musulmanes. El islam no es así”.

Cuando me hablaba del islam, siempre hablaba de la paz, nunca del radicalismo. Él era de las personas que salen a la calle a defender el nombre de Dios a costa de todo.

La hermana del hombre, la **entrevistada 8**, se expresa también en esa línea.

Una de las primeras suras del Corán dice: “Vosotros tenéis vuestra religión y yo la mía”, es decir, estamos declarando la paz. En ningún momento se dice: voy a matar a una persona porque es cristiano o ateo. Por eso ellos están manchando una religión que es tan pacífica, tan defensora de los derechos de las mujeres y todas las personas, de la igualdad, y meten a las personas inocentes en la cárcel.

Entre las “personas inocentes” a las que se refiere se encuentra su hermano. Antes de su detención en 2018, él le había comentado a su familia y a su novia que se sentía “vigilado”. Desde su punto de vista, que su pareja reproduce, lo seguían “por ser musulmán”: “Me decía que aquí [en España] muchos [musulmanes] no tienen libertad de expresión y que cualquier persona podría ser sospechosa de ser una amenaza para el Estado”. La hermana, con la que convivió en la casa familiar hasta pocos meses antes de su detención, confirma que esa “vigilancia” policial comenzó cuando su hermano, viejo conocido de la comisaría de la localidad, se acercó a la religión de forma visible.

Ellos vieron que había cambiado de repente, aunque en realidad no fuera tan de repente. Pero cambió su vestimenta, sentó su cabeza, dejó de fumar y de beber. “No, ya no tomo, esto es pecado”, decía. Para ellos [la Policía] fue un cambio radical. Pero fue un cambio bueno: ya no fuma, no bebe, no sale con las mujeres, se dedicó un poco a adorar a Dios.

La vigilancia que refiere la hermana la describe como un seguimiento:

No eran muy discretos, se les veía, de hecho. Siempre que íbamos con él, decía: “Venga, pasad vosotras [en referencia a ella y a su madre] delante”, porque sabíamos que estaban haciendo fotos y él no quería que saliéramos nosotras. [...] En Ramadán estábamos trabajando él y yo en el locutorio y vino un grupo de policías vestidos de paisano. Le preguntaron si trabajaba allí, le pidieron su nombre. Él dijo: “Para qué, si tú ya lo sabes”.

En los meses estivales, el hombre se trasladaba al norte de España a trabajar. Le gustaba la ciudad en la que se establecía temporalmente e incluso comenzó a mirar pisos en alquiler para vivir con su pareja, la **entrevistada 7**, que entonces tenía ya decidido volar a España. Los billetes tenían fecha para el otoño de 2018.

Yo le conocí a través de las redes sociales y allí hay mucha mentira, mucha gente que se oculta o que se disfraza de buena persona hasta llegar a donde quiere. Mi familia trató de asustarme varias veces diciendo que era falso, que tal vez me estaba mostrando una cara que no era. Pero yo viví con él un año y medio a través de videollamadas. Cuando vine a su ciudad, ya conocía las calles a través de ellas. Era algo inexplicable cómo podía tener tanta confianza con alguien al que conocí a través de las redes. Fue como si estuviera viviendo con él su día a día. Si hubiera tenido dudas sobre que él tuviera algo que ver con lo que lo acusan o con ISIS o Dáesh... Yo tenía mucho miedo a este tipo de personas, hubiera sido la primera en alejarme.

La **entrevistada 7** ocultó a su familia que su novio había sido detenido: “No lo conocían e iban a creer que lo que decían de él era verdad”, asegura. La hermana, la **entrevistada 8**, cuenta que la noticia fue “un *shock*” para su familia, “un golpe para toda la casa”. Admite que su madre dudó sobre su hijo y le preguntó por teléfono si había cometido alguno de los delitos de los que lo acusaban, todos ellos cargos graves por terrorismo: pertenencia al autodenominado Estado Islámico, adoctrinamiento, captación y preparación de un atentado en España. Él lo negó todo.

En el auto que lo envió a prisión se detallan episodios concretos que describían lo que los investigadores consideraban una “progresiva radicalización filoyihadista” que lo había convertido en una “figura preeminente” en círculos radicales. Afirmaban que el detenido había cambiado sus rutinas y que se había reunido con islamistas radicales tanto personalmente como a través de Internet. En sus perfiles en redes sociales había difundido contenido relacionado con el Estado Islámico y mensajes justificadores de su actividad terrorista. Lo acusaban de haber adoctrinado a un hombre marroquí que había sido detenido meses antes en su país y al que supuestamente pretendía facilitarle medios para atentar en España. Entre las actividades ilícitas que habría realizado para conseguir financiación, señalaban la compra venta de teléfonos móviles y el tráfico de drogas. Desde la detención del mencionado individuo, había aumentado sus “medidas de seguridad”: dejó de utilizar sus perfiles en redes sociales, se movía con frecuencia por el territorio español y cambiaba constantemente de teléfono móvil. Entró de inmediato en prisión preventiva.

Para cada una de las acusaciones del auto, la novia y la hermana del detenido aseguran tener una explicación. El cambio de rutinas derivado de su acercamiento

a la religión lo interpretan como algo positivo y su hermana defiende que su visión del islam es moderada:

Si fuera un radical, nos obligaría a vestirnos como lo hacen las mujeres de los de Dáesh, que van con ojos tapados, con guantes... Ninguna de nosotras se viste así, ni siquiera mi madre, y él nunca nos decía poneos esto o lo otro, no le importaba.

Los comentarios en redes sociales, explica la novia, se debieron a un vídeo en el que se mostraba el asesinato de niños musulmanes.

No es por la religión, sino por humanidad. Cuando uno ve a mucha gente muriéndose injustamente, hace cualquier comentario a favor de la gente que está sufriendo, esto no tiene nada que ver con la religión. Ahí lo cogió el Estado, por haber comentado. [...] Es injusto. Uno puede decir muchas cosas, comentar algo por humanidad que quizá para el Estado esté mal visto nada más por ser musulmán.

La hermana atribuye el adoctrinamiento de un hombre marroquí que supuestamente iba a atentar en España a una acusación falsa producto de las torturas que la Policía marroquí infligió al potencial terrorista. Cuenta que su hermano y este individuo se conocieron “en casa de mi tía, cerca de Ceuta”. Los hombres se juntaban “a charlar” y en el grupo, además de su hermano, se encontraban el supuesto adoctrinado y “un policía” infiltrado que habría puesto al descubierto sus planes.

Después cogieron al chico que iba a viajar acá, le torturaron, estuvo desaparecido doce días, su familia sin saber nada... Y después de estar tan cansado ya, dijo que sí, que hacía cosas. Porque la Policía en Marruecos le golpeaba y le dictaba eso.

La **entrevistada 7** cuenta que contactaron con la familia del marroquí detenido y, a través de un hermano, le pidieron que se retractara de las acusaciones e hiciera una declaración jurada a favor del novio, pero finalmente se negó. Sobre los cambios constantes de teléfono móvil, las entrevistadas lo atribuyen a su “adicción” a la tecnología. “Siempre que salía un móvil nuevo, él lo compraba”, rememora su hermana. La novia aporta otro argumento: los celos. Expone que él tenía “muchos conocidos y amigas que lo buscaban” y que por ello le hizo “cambiar el móvil varias veces”. “Fue por mi culpa, por los celos”, sentencia. Por último, las acusaciones de tráfico de drogas pertenecen, según su hermana, al pasado: él ya había sido condenado por ese delito cuando era menor de edad. “Todo es mentira. Si vendiera drogas, tendría dinero, pero él no tenía ni para un abogado privado”, asegura.

Las dos rechazan tajantemente, en definitiva, cualquier vínculo con el terrorismo. La **entrevistada 7** se refiere expresamente a la oleada de atentados yihadistas de los últimos años.

Ellos [los cristianos] tienen miedo a los atentados, pero nosotros también. Necesitamos apoyo para todos esos países que lo están pasando mal, sea Palestina o París con sus atentados. Aparte de eso, en los atentados mueren muchos musulmanes también, no solo cristianos.

La hermana, por su parte, ofrece una explicación de contenido religioso.

El Corán dice que si matas a solo una persona, sea quien sea, tú estás entrando en guerra con Dios. A mí no me gusta lo que pasa en Siria, en Palestina o aquí. Hay que entender que, si matas a alguien, están creando más odio. Eso el islam lo prohíbe, no es islam salir a matar a las mujeres, niños inocentes, entrar en las casas o ir a un centro comercial... Por ley, solo puedes salir a matar en defensa propia y aun así serás juzgado para declarar te inocente o culpable.

Un hermano en las filas del Estado Islámico

La última vez que el **entrevistado 9** vio a su hermano fue un domingo de 2015. Pasaron el día en familia y se despidieron como cualquier otra jornada. Por la mañana, el hermano despertó a su madre y le dijo que se iba a la mezquita. A mediodía, preocupada porque su hijo no había regresado, la mujer telefoneó al **entrevistado 9** y le preguntó si sabía algo de su hermano. “A ver si es que ha ido a comprar algo”, especuló. La madre enseguida lo negó: él nunca hacía eso. Ese mismo día fue su propio hijo quien la llamó para contarle que se había ido voluntariamente para unirse a las filas del autodenominado Estado Islámico.

La noticia cayó como una losa sobre la familia. “Mi madre... creíamos que se nos moría”, rememora el entrevistado. Los demás se quedaron “con la boca abierta”. Hasta ese día, para él su hermano era un hombre “feliz” cuya vida se resumía en ir “de su casa al negocio, del negocio a la mezquita y de la mezquita a casa con sus hijos”. Ninguno de los pequeños cambios que había detectado en su día a día levantaron sus sospechas. El más visible fue físico: se dejó barba. También dejó de fumar y abandonó “los vicios que tenía”.

En su intento por atar cabos, el **entrevistado 9** enseguida dirigió su atención hacia el imán de la mezquita a la que solía acudir su hermano. Le hablaba de él como un referente religioso: “Decía que lo que el imán decía era la palabra y que

no se cortaba con nadie”. Lo admiraba también en el plano intelectual y, cuando surgía algún debate, recurría a él:

Sacábamos algún tema de conversación y él decía que había que preguntarle al imán, que no hacía falta que cogiera el libro [el Corán] porque lo tenía memorizado. Decía que todas las palabras que había dicho nuestro profeta las tenía memorizadas.

El **entrevistado 9** estaba convencido de que el imán había tenido un papel clave en la marcha de su hermano. Llegó incluso a preguntarle directamente. “Me lo encontré una vez y le pregunté: ‘¿Has visto lo que ha hecho mi hermano?’ Y me dijo: ‘Es un hombre’”. Poco tiempo después, sus sospechas se confirmaron: cuenta que el imán fue investigado y apartado de la mezquita.

La comunicación entre la familia y el hermano huido a territorio del Estado Islámico se mantuvo con relativa frecuencia hasta finales de 2017. En sus primeros mensajes les aseguraba que estaba en “un buen sitio”.

Nos mandó una foto con los pies cruzados apoyados en un Hummer. Al lado, una mesa con unos platos típicos de ellos. Había una piscina. Como que estaba viviendo bien. Entonces, le preguntamos: “¿Tú no has ido a la guerra? Por las fotos que nos estás mandando, te has ido a vivir. ¿Y lo que has dejado aquí? ¿Los tres niños, su madre? ¿Tu madre, la que te ha dado a luz, la que te ha aguantado nueve meses en su barriga? ¿Le vas a hacer esto? La yihad es lo que tú tienes en la casa: tu madre, tus hijos... Eso es la yihad”.

La incomprensión de la familia llegó al punto de que su madre decidió cortar la comunicación con él. Ocurrió después de una conversación coincidiendo con la fiesta del cordero. “Mi madre juró que ya está. Él había querido vivir esa vida”, recuerda el **entrevistado 9**. El tercero de los hermanos también habló con él e intentó que entrara en razón. “‘Mira lo que has hecho’, le dijo. Respondió que sus ‘hermanos’ en Siria estaban muriendo. ‘¿Y tus hijos, a los que has dejado aquí?’”.

El hermano iba dando alguna información sobre su vida en el territorio controlado por el Estado Islámico. Se volvió a casar y tuvo un hijo. Pero a medida que pasaba el tiempo, las cosas se iban complicando. “Esto no es lo que parece”, le llegó a decir a uno de sus sobrinos, un chico que le transmitió su deseo de seguir sus pasos. “Le dijo que se quedara aquí, que cuidara de la familia y de sus hijos”. Poco después, una bomba estalló en su casa y mató a su segunda mujer y a su hijo. “Ya no tengo nada que hacer aquí”, le confesó a su hermano, el **entrevistado 9**. Se embarcó entonces en una odisea para huir de la zona en poder del Estado Islámico y regresar. En algún momento de esa operación dejó de tener

contacto con su familia. Desde aquel día de diciembre de 2017 no han vuelto a saber nada de él.

4.4. Las secuelas

En todas las historias expuestas en el apartado anterior, los procesos de radicalización han llegado a un punto de inflexión desencadenado por distintos factores: en algunos casos son los familiares de las personas radicalizadas quienes han cortado la relación con ellos; en otros, han actuado las autoridades policiales y judiciales; y en el último caso, la marcha del individuo a Siria ha hecho que la familia pierda el contacto con su pariente radicalizado. En cualquier caso, la experiencia de un caso de radicalización en el entorno familiar ha tenido consecuencias de distinto tipo que se exponen a continuación.

Las **entrevistadas 1 y 2** decidieron cortar los vínculos familiares a raíz de que pactaran para ellas matrimonios forzosos. La primera nunca estuvo dispuesta a que la casaran a la fuerza.

No acepté el matrimonio por diferentes motivos: por miedo a un desconocido, era pequeña, un hombre del que no sabía lo que me podía esperar ni el sentido del matrimonio; por otro lado mi instinto, mis valores, en los que yo había crecido, me decían que aquello no era lo correcto y que yo estaba en una situación de extrema injusticia contra mi persona.

Cuando tomó la decisión, escapó. Una noche salió a escondidas de su casa y se subió a un tren.

Cuando uno se escapa, el instinto de supervivencia te guía, no preparas una huida, esperas el momento de poder huir. La mochila que tenía que preparar era la de ser valiente y consecuente con ello, ya no tenía ningún apego ni ninguna vinculación. Cogí el primer tren que salía del municipio en el que vivía y me colé hasta la siguiente parada, en la que había un revisor y bajé.

La Fiscalía de Menores se hizo cargo de su tutela hasta que cumplió la mayoría de edad.

En el caso de la **entrevistada 2**, fue fundamental el apoyo de una profesora del instituto, que supo detectar lo que estaba ocurriendo. Cuando cumplió dieciséis años, animada por su profesora, encontró un trabajo de fin de semana que le permitió irse de casa. “Desaparecí”, resume. Antes de marcharse, habló con su madre y

le explicó que su “marido” la había agredido. Lo hizo cuando ya estaba de vuelta en España porque temía que, si lo hacía en Marruecos, la forzarán a quedarse allí. Con su padre no se atrevió a hablar directamente de lo que había ocurrido, pero cuenta que él “no lo asumió como un error, sino como que las cosas son así”. Ella “tenía miedo, muchísimo miedo”, confiesa. Alquiló una habitación en un piso compartido en un municipio cercano a su ciudad y continuó con sus estudios en el instituto.

La entrevistada admite que digerir el conflicto que generó en su familia al negarse a aceptar el matrimonio forzoso ha sido una dura batalla personal consigo misma: “Es como si renunciaras a una parte de ti sin querer, pero a la vez queriendo: no quiero formar parte de esto, pero tampoco quiero estar sin vosotros”. Cuenta que ha pasado “años de lucha conmigo misma por la culpabilidad”, que se unía al “rechazo, la debilidad, la tristeza”: “¿Y si lo he hecho mal? ¿Y si lo que me han dicho está bien? ¿Dónde me he metido?”. Al final, creyó que podía conseguir “un equilibrio”, aunque ello tuviera “a nivel emocional, un coste muy caro”.

El resultado de ese equilibrio es que sigue en contacto con su familia. Cree que sus padres actuaron de buena fe, pensando que hacían lo mejor para ella, y por eso afirma que “nunca” va a culparlos. El matrimonio de sus progenitores se rompió poco después de que ella se fuera de casa y más tarde su padre se volvió a casar y tuvo dos hijos. “Los protege mucho de mí. No quiere que los contagie con mi libertad o mi forma de hacer las cosas. Le duele ver la clase de hija que ha tenido y hace todo lo posible por que yo no influya en mis hermanos”, cuenta.

La relación de los hermanos **entrevistados 4 y 5** con su padre es inexistente, aunque, debido a la edad y la experiencia previa que cada uno de ellos había vivido con él, el proceso fue distinto. El **entrevistado 5**, el hijo mayor, fue a visitarlo varias veces a prisión durante los dos primeros años. Confiesa que al principio sintió “tristeza porque seguía siendo mi padre”, pero luego lo invadió el alivio: “Me dije: ‘Ya puedo vivir. Ya soy libre’”. Durante el tiempo que mantuvo contacto, cree que los intereses de su padre estaban lejos de preocuparse por sus hijos.

Llamaba para ver cómo estábamos. Bueno, entre comillas. Él lo único que pretendía con esas visitas y esas llamadas era intentar seguir radicalizándome, para que no cambiase de ideas y me convirtiese en un infiel. Pero no por mi propio bien, sino por su propio egoísmo. Para que él no fuese al infierno. Que yo tenía que rezar por él y que siguiese con las costumbres árabes, que fuese a la mezquita, a rezar, con sus amigos, que les pidiese ayuda... Y sobre todo que rezase mucho por él, a todas horas.

La actitud de la niña, la **entrevistada 5**, estuvo marcada por un momento concreto: la noche de la detención: “Ese día no lo olvidaré nunca. Es un recuerdo muy malo que, al fin y al cabo, se te queda”, relata. Su madre, la **entrevistada 3**, trató de

que no se asustara y le explicó que los policías eran “buenos”, pero a sus ojos eran “malos” que se estaban llevando a su padre. La madre cuenta que, al hablar de su padre, la pequeña decía que “odiaba” a la Policía y que tardó un año en hacerle entender que estaba equivocada.

Los ecos de la detención llegaron hasta el colegio de los niños. Los hermanos pasaron a ser “los hijos del terrorista” y su madre los cambió de centro, donde su historia no tardó demasiado en conocerse. “Me decían que yo era el hijo de un yihadista y que no tenía que estar ahí”, cuenta el chico. La situación económica de la familia también se tambaleó, ya que la mujer tuvo que hacer frente a varias deudas que su marido había adquirido. En esos primeros meses, el adolescente desarrolló un instinto de protección hacia su madre por el que evitaba dejarla sola. Fue ella quien, a medida que avanzaba la instrucción del caso, le contó los delitos de los que acusaban a su padre.

Yo dije: “¿O sea, que mi padre es un yihadista?”. Esa gente mala que yo veo en la tele, pensar que mi padre es uno de ellos... fue bastante impactante. De hecho, lo pasé bastante mal.

A partir de ese momento, cortó la relación. Cuenta que la reacción de su padre fue negativa: “Se enrabietó bastante”. A ello se unió que la mujer le solicitó formalmente el divorcio. Desde entonces, relata que sufrieron amenazas de personas del entorno de su ya exmarido y que incluso ella llegó a ser agredida. La situación se calmó con el paso del tiempo, aunque las secuelas están presentes, sobre todo, en su hijo, cuya declaración fue clave para que condenaran a su padre. El joven sigue teniendo pesadillas. Tanto la madre como los hijos tienen en mente el momento en el que el padre salga de prisión dentro de unos años, aunque el chico es tajante: “No tengo ningún tipo de miedo”.

Las declaraciones de las hijas de la **entrevistada 6** ante la Fiscalía de Menores también fueron clave para que condenaran a su padre y marido, respectivamente. Durante la instrucción del caso, las adolescentes revelaron episodios violentos que su madre hasta entonces desconocía. Más adelante, cuando las tres mujeres comenzaron una nueva vida de la que el padre no formaba parte, las hijas se sinceraron con su madre.

Una tarde estábamos cocinando y, no me acuerdo cómo fue, pero le dije al perro [compraron una mascota cuando el padre se fue de la casa familiar, donde había prohibido tener animales]: “Te voy a dar con el cinturón”. Y oigo a mi hija que dice: “¿Con el cinturón, con el daño que eso hace?”. Y le dije yo: “¿Y tú cómo lo sabes?”. Se lo dije esperando la respuesta y me lo contó. Y fue más de una vez.

Ser consciente *a posteriori* del sufrimiento de sus hijas le genera a la **entrevistada 6** un sentimiento de culpabilidad.

Me he sentido muy mal al principio porque pensaba que no había sido capaz, como madre, de protegerlas; que había fallado. Les he pedido perdón mil veces por haberlas tenido tanto tiempo en peligro, porque podría haber puesto la denuncia antes.

En la sentencia, el juez le retiró al padre la patria potestad alegando maltrato continuado. Desde entonces, ninguna de las tres mantiene relación con él, que sigue viviendo en un pueblo cercano. La última vez que se cruzaron en los tribunales, él tuvo unas palabras para su ya exmujer: “Me sentenció que iba a ser toda la vida mi enemigo”. La frase sigue resonando en su cabeza cuando percibe que hay un vehículo que podría estar siguiéndola o cuando se lo ha cruzado desde el coche.

En el otro extremo se encuentran las entrevistadas que no solo siguen teniendo contacto con su familiar radicalizado, sino que además piensan que se lo ha acusado en falso. Tal y como tenía previsto antes de la detención de su novio, la **entrevistada 7** aterrizó en España en el otoño de 2018 y se instaló con la familia de su pareja. Para entonces llevaban juntos dos años y, aunque admite que cuando todo ocurrió “se me cayó el mundo”, decidió seguir adelante con sus planes.

Él necesitaba mi apoyo, yo sabía que él estaba allí injustamente. Y también vine por amor. No podía creer todo lo que estaba pasando. Sabía que él estaba mal y que, por estar yo lejos sin poder comunicarme con él, se podría montar muchas películas de que tal vez no vendría o que lo dejara, y quise estar con él. Sin saber si iba a salir pronto o estaría allí más de un año, pero quise venir a estar con él.

La pareja se vio por primera vez en el locutorio de la cárcel en diciembre. Poco después, se casaron, aunque su matrimonio solo es válido en términos religiosos, ya que no está registrado en la Administración española. En prisión él está “terminando sus estudios”, cuenta su hermana, que le envía libros y cartas. Ambas coinciden en que la religión está siendo un refugio para él:

Su fe sigue la misma, ninguna vez lo vi débil en esto. Al contrario, siempre me decía que, si uno es paciente, Alá lo beneficia. Y todo el mal que pase es para el bien, solo que uno no se da cuenta hasta el momento que eso pase.

Las dos entrevistadas confían en la labor del abogado de oficio, que les asegura que no tienen pruebas suficientes para condenarlo. La única que ellas admiten

como cierta son sus manifestaciones en redes sociales, que la novia describe como “un comentario que no tiene ni pies ni cabeza”. Se escudan en otros procesos judiciales contra acusados por delitos relacionados con el terrorismo yihadista y que se han cerrado con una absolución. “No tienen ninguna prueba contra él, solo es por prevenir”, insiste la **entrevistada 7**.

Las dos mujeres recalcan que detrás de la detención y las acusaciones contra su pareja y hermano, respectivamente, hay “una persecución sistemática a lo musulmán”, como expone la **entrevistada 7**.

También hay cristianos que salen a la calle, violan, matan, asesinan y también son terroristas. Así los llamamos nosotros, pero el Gobierno, no: los llama “dementes”, o que tienen problemas mentales o alguna falta de cariño de nacimiento... Siempre le ponen algún tipo de nombre a estos actos.

En la localidad donde viven, y sobre todo en los momentos inmediatamente después de la operación policial, hubo vecinos que les dieron la espalda, aunque no por las acusaciones contra el detenido, sino “por temor a que les pase lo mismo siendo musulmanes”, defiende su pareja. La hermana cuenta también que lo ocurrido los ha unido como familia: “Nos preocupamos más el uno del otro porque no sabemos lo que va a pasar mañana. Estamos juntos. Sigue siendo una mala situación, pero la sobrellevamos”. Para ella, las “mentiras” que publicaron los medios de comunicación sobre su hermano les ha enseñado “a no juzgar a la persona por lo que se ve” y afirma que el acusado es “una persona maravillosa, que no tiene maldad”. Su pareja cree que tarde o temprano saldrá de prisión sin cargos, aunque lo vivido dejará secuelas.

No era tan radical como lo habían pintado. [...] Dañaron su vida, lo difamaron, porque ya tiene un historial penal, aunque salga a la libertad habiendo sido inocente, ya todos van a ver que estuvo preso. En su ciudad todos le conocen y se han formado una imagen de él según dicen las noticias. [...] Confío en Dios que va a salir y lo más pronto posible. Primero, porque no tienen pruebas contra él y lo que han dicho es falso. Y segundo, mi corazón lo dice.

La incompreensión es la nota dominante en el testimonio del **entrevistado 9**. Varios años después de la partida de su hermano a territorio del Estado Islámico, aún no alcanza a comprender qué le llevó a tomar esa decisión.

Es que nadie lo puede entender. Cómo una persona que está viviendo bien, que tiene todo, tiene un trabajo, unos hijos que eran preciosos. Tú los veías alegres, contentos. Una casa con todas sus cosas ahí dentro, que no le fal-

taba de nada. Tenía un coche. ¿Qué quería? ¿Qué quería? No sé qué estaba buscando.

Las consecuencias de su marcha afectaron especialmente a sus familiares más directos. Su cómoda posición económica se esfumó: el día que desapareció, descubrieron que había vendido parte de sus pertenencias, incluido su coche. Los hijos abandonaron el colegio privado. La hija, adolescente, está “traumatizada”, según su tío:

Ves a los niños y se te rompe el alma. La hija era muy alegre y juguetona, siempre estaba jugando con mi hija, pero desde que él se fue... No la he vuelto a escuchar. Es como un mueble, sentada al lado de la madre. No se mueve de su lado.

El entrevistado no pierde la esperanza de volver a ver a su hermano e incluso imagina el momento en el que volviera a hablar con él: “Le diría que lo que ha hecho no es una tontería, no es una locura, es que no hay palabra para decirlo. Mezcla el islam en esto... y esto no es el islam”.

5. CONCLUSIONES

El análisis de los casos expuestos en este informe permite sacar algunas conclusiones que, sin afán de generalizar, pueden ofrecer datos interesantes sobre los procesos de radicalización. Algunas de ellas confirman el patrón que se expone en el tercer apartado de este trabajo. Otras tienen que ver con aspectos más personales que se han obtenido a partir de las entrevistas realizadas.

- **Un punto de inflexión personal.** Al ser preguntadas sobre el momento o la circunstancia que desencadenó la asunción de una visión fundamentalista de la religión, la mayoría de las personas entrevistadas, en especial las mujeres, son capaces de detectar fácilmente un acontecimiento concreto. Entre ellos hay eventos negativos, como la muerte de un familiar, o hitos vitales como convertirse en padre o cumplir una determinada edad en la que el individuo asume que ha llegado a la madurez y necesita cambiar su estilo de vida.
- **Una dialéctica de confrontación.** Los testimonios apuntan a que, a medida que la radicalización va en aumento, la persona radicalizada adopta una dialéctica de confrontación que cada vez resulta más excluyente y que divide a la sociedad en círculos cerrados en torno al bien y al mal. Si en un estadio

inicial se habla del “ellos vs. nosotros” o “fieles vs. infieles”, en referencia a “los cristianos” y a “los musulmanes”, también de puertas para adentro de una comunidad se marcan líneas divisorias en torno a hombres y mujeres, y “buenos musulmanes” y “malos musulmanes”. Las categorías éticamente aceptables se reducen y la organización de la vida cotidiana se ve directamente condicionada por esta visión frentista de la realidad.

- **Un agente de radicalización religioso.** Varios de los testimonios describen una radicalización en grupo con una figura de referencia, a menudo una autoridad religiosa de una mezquita. Solo hay un caso en el que no se menciona una figura externa y se habla expresamente del papel de las redes sociales. En este sentido, en la mayoría de los casos las personas radicalizadas parten de un desconocimiento doctrinal del islam y de una vivencia de la religión limitada hasta entonces al ámbito cultural.
- **Un radical se convierte en un agente de radicalización.** Cuando una persona ha asumido una visión fundamentalista de la religión, puede actuar como un agente de radicalización en su entorno familiar. Este comportamiento se aprecia en los casos en los que estas personas son líderes de comunidades religiosas, pero también en otros en los que carecen de esta categoría. Los intentos más claros se dan de padres a hijos y también de marido a esposa, siempre que esta sea de religión musulmana. En los casos de matrimonios mixtos, las mujeres aseguran que sus maridos no las presionaron para su conversión.
- **Cambios en el estilo de vida propio y de la familia.** Los testimonios describen cambios físicos en la persona radicalizada, en especial en el aspecto y la vestimenta, y cambios en costumbres relacionadas con el consumo de alcohol y tabaco y con el cumplimiento de los rezos diarios. Esas alteraciones en el estilo de vida también afectan a los hábitos familiares, incluyendo la alimentación o la restricción en el consumo de productos culturales. Las mujeres sufren de forma más acusada restricciones en su vestimenta o en el uso de maquillaje.
- **El afianzamiento de conductas machistas.** A medida que los procesos de radicalización se afianzan, se observa cómo en las familias se asientan conductas machistas. En los testimonios se identifican intentos de control de movimientos y de círculos sociales y de reducir la importancia de las voces femeninas dentro del hogar. En los casos más graves se describen amenazas y episodios violentos que pueden dejar secuelas psicológicas en las víctimas.
- **Un aislamiento creciente.** La presencia de un individuo radicalizado en el núcleo familiar trae consigo el aislamiento no solo del propio individuo, sino también de sus parientes. Se observa un alejamiento de familiares aje-

nos a su visión religiosa, de amigos y del mundo laboral. Costumbres que hasta entonces estaban asentadas, como la participación en festividades religiosas cristianas, en especial la Navidad, dejan de estarlo. En los casos de niños y adolescentes, el único vínculo externo que se mantiene es la escuela.

- **La educación de los hijos como punto de fricción.** Tanto menores pertenecientes a una segunda generación de inmigrantes como hijos de matrimonios mixtos han visto cómo su educación se ha convertido en un elemento de discusión entre sus progenitores o de ataque y de restricciones por parte de la persona radicalizada, en todos los casos el padre. Una de las menores fue obligada a dejar la escuela en los años ochenta y más recientemente, cuando la escolarización es obligatoria y objeto de control, los individuos trataron de restringir que sus hijos acudieran a materias como música o que vistieran con el uniforme del colegio. El empleo de la violencia como correctivo, la obligación de aprender árabe, el uso del velo o la prohibición de salir a bares o con chicos también se describen como circunstancias conflictivas. Ante las imposiciones o las restricciones, los menores tienen un afán por integrarse y querer ser como los demás.
- **La implantación del miedo en el núcleo familiar.** Cuando la persona radicalizada adopta un rol dominante, la puesta en práctica de su autoridad puede darse a través de actitudes y comportamientos violentos que, en los casos examinados, han afectado a las mujeres y especialmente a los hijos en forma de castigos físicos y malos tratos.

Los testimonios que forman parte de este informe pretenden descender a la letra pequeña de la radicalización yihadista y aproximarse al fenómeno desde la perspectiva de quienes lo perciben de puertas para adentro de su propio hogar. Su visión, a menudo pasada por alto, ofrece información que en muchos casos no podría obtenerse de otra manera. También pone de manifiesto que, en algunas circunstancias, los familiares de personas radicalizadas pueden padecer las consecuencias de este proceso y se pueden ver empujados a convivir con sus manifestaciones y lidiar con sus secuelas. Los niños y adolescentes, especialmente vulnerables, tienen en la escuela un salvavidas. En algunos casos también encuentran refugio en sus madres, mujeres que han logrado reconstruir sus vidas, aunque en algunos momentos no vieran una salida.

6. BIBLIOGRAFÍA RELACIONADA

- BALLESTEROS, Miguel Ángel (2016): *Yihadismo*. Madrid: La Huerta Grande.
- BOUREKBA, Moussa (2015): “Después de *Charlie Hebdo*: el reto de la interpretación multidimensional del radicalismo”, *Foreign Affairs: Latinoamérica*, vol. 15, nº 2, pp. 43-50.
- BOUREKBA, Moussa (2015): “What is so attractive about the ‘Islamic State’?”, *Notes Internacionales: Barcelona Centre for International Affairs*, vol. 112, pp. 1-5.
- DE LA CORTE IBÁÑEZ, Luis (2018): *La yihad en Europa*, Informe del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo, nº 4.
- EL-AMRAOUIA, Anaïs F. y DUCOL, Benjamin (2019): “Family-Oriented P/CVE Programs: Overview, Challenges and Future Directions”, *Journal for Deradicalization*, nº 20.
- GILL, Paul, et al. (2017): “Terrorist use of the Internet by the numbers: Quantifying behaviors, patterns, and processes”, *Criminology & Public Policy*, vol. 16, nº 1, pp. 99-117.
- HARRIS-HOGAN, Shandon (2014): “The importance of family: The key to understanding the evolution of Jihadism in Australia”, *Security Challenges*, vol. 10, nº 1, pp. 31-50.
- JALLOUL MURO, Hana, et al. (2018): “Realidad, ideología y terminología, entre la radicalización, la violencia política y el terrorismo yihadista”, *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, 4(2), pp. 99-121.
- JALLOUL MURO, Hana (2019): “Understanding the importance of the terminology”, *Revista Española de Estudios Norteamericanos*, 55.
- JORDÁN, Javier (2015): “Incidencia del terrorismo de inspiración yihadista en Estados Unidos y Europa Occidental: un análisis comparado”, *Revista Española de Ciencia Política*, nº 37, págs. 89-117.
- KHOSROKHAVAR, Farhad (2018): *Le nouveau jihad en Occident*. Paris: Robert Laffont, pp. 265-316.
- NESSER, Peter (2016): *Islamist Terrorism in Europe*. Oxford: Oxford University Press.
- PAGAZAURTUNDÚA, Maite (2017): *Libro blanco y negro del terrorismo en Europa*. Madrid: Observatorio Internacional de Estudios sobre Terrorismo-Oficina de Maite Pagazaurtundúa-Parlamento Europeo.
- RAN YF&C y RAN H&SC (2017): *Working with families and safeguarding children from radicalisation*. Niza: Radicalisation Awareness Network (RAN).
- RADICALISATION AWARENESS NETWORK (2017): *RAN Manual Responses to Returnees: Foreign Terrorist Fighters and their Families*. Bruselas: RAN.
- REINARES, Fernando (2014): *Matadlos. ¿Quién estuvo detrás del 11-M y por qué se atentó en España?* Barcelona: Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg.

- REINARES, Fernando, GARCÍA-CALVO, Carola y VICENTE, Álvaro (2019): *Yihadismo y yihadistas en España. Quince años después del 11-M*. Madrid: Real Instituto Elcano.
- SANMARTÍN, José (2013): *La violencia y sus claves*. Madrid: Ariel.
- SIKKENS, Elga, SIECKELINCK, Stijn, VAN SAN, Marion y DE WINTER, Micha (2017): “Parental Influence on Radicalization and De-radicalization According to the Lived Experiences of Former Extremists and their Families”, *Journal for Deradicalization*, nº 12, pp. 192-225.
- STEPHENS, William, SIECKELINCK, Stijn y BOUTELLIER, Hans (2019): “Preventing Violent Extremism: A Review of the Literature”, *Studies in Conflict & Terrorism*, pp. 1-16.
- TRUE, Jacqui y EDDYONO, Sri (2018): “Preventing Violent Extremism: Gender Perspectives and Women’s Roles”. *Monash University*.
- WEINE, Stevan (2016): “Resilience and countering violent extremism”, *The Routledge International Handbook of Psychosocial Resilience*, p. 189.
- ZEIGER, Sara y ALY, Anne (2017): *Countering Violent Extremism: Developing an Evidence-base for Policy and Practice*. Perth: Curtin University.

7. BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

María Jiménez Ramos es periodista y doctora en Comunicación por la Universidad de Navarra, donde es investigadora y docente en el Grado de Periodismo. Su investigación se ha centrado en el terrorismo, con especial atención a las víctimas. Es coautora de *Relatos de plomo. Historia del terrorismo en Navarra*, así como de *Pardines. Cuando ETA empezó a matar* (2018), de *Víctimas contra el terrorismo. COVITE, veinte años de historia* (2018) y de *Heridos y olvidados. Los supervivientes del terrorismo en España* (2019). Recibió el Premio Antonio Beristain de investigación victimológica en 2016 y el Premio Ernestina de Champourcin a estudios sobre la mujer en 2020.

Nueve testimonios sobre la radicalización yihadista

INFORME

DEL CENTRO MEMORIAL DE LAS VÍCTIMAS DEL TERRORISMO

1. *La estrategia del miedo. ETA y la espiral del silencio en el País Vasco*
Francisco J. Llera y Rafael Leonisio
2. *La sociedad vasca ante la memoria de las víctimas y el final del terrorismo*
3. *Las claves de la derrota de ETA*
Florencio Domínguez
4. *La yihad de Europa. Desarrollo e impacto del terrorismo yihadista en los países de la Unión Europea (1994-2017)*
Luis de la Corte Ibáñez
5. *ETA y otras bandas terroristas españolas en el archivo de la Stasi*
Ibon Zubiaur
6. *Muerte en Amara. La violencia del DRIL a la luz de Begoña Urroz*
Gaizka Fernández Soldevilla y Manuel Aguilar Gutiérrez
7. *ETA en la prensa internacional. Una aproximación al tratamiento del terrorismo en los diarios franceses, británicos y estadounidenses de referencia*
Isabel C. Martínez
8. *Notas sobre una investigación (para escribir Una tumba en el aire)*
Adolfo García Ortega
9. *Nueve testimonios sobre la radicalización yihadista: la perspectiva del núcleo familiar*
María Jiménez Ramos



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
COMUNICACIÓN